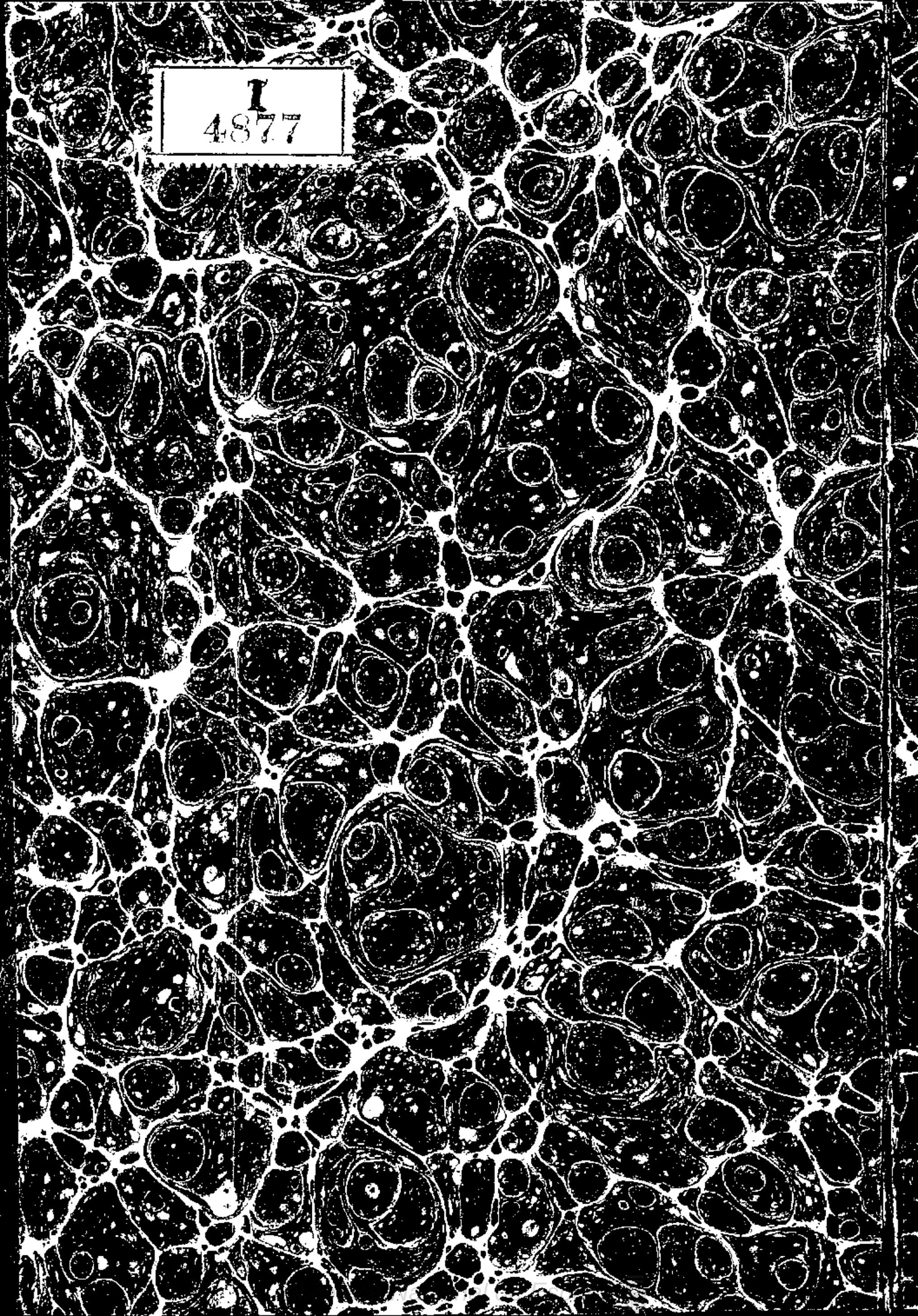
CONDE
DE CASA VALENCIA

MIS
DOS VIAJES
Á AMÉRICA


I
4877

RECUERDOS DE LA JUVENTUD

MIS DOS VIAJES Á AMÉRICA

RECUERDOS DE LA JUVENTUD

MIS DOS VIAJES

Á

AMÉRICA

POR EL

CONDE DE CASA VALENCIA

DE LAS REALES ACADEMIAS
ESPAÑOLA Y DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET
IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
Calle de la Libertad, núm. 29

1898

A ruegos de varios amigos, y con algunas adiciones de época posterior, se publican ahora estos recuerdos escritos hace largos años.

ÍNDICE

El 6 de Mayo de 1854, siendo agregado diplomático, sin sueldo, en el Ministerio de Estado, me llamó á su despacho el Ministro D. Pedro Calderón de la Barca, y me preguntó si estaba dispuesto á salir de Madrid el 8 en el correo, llevando despachos reservados para nuestro Ministro en Washington, debiendo permanecer allí hasta que me autorizara á regresar á Madrid el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, Jefe de la Legación de España en los Estados Unidos. Le contesté que sí, y que hacía con gusto ese viaje que me procuraba la ocasión de ver un país importante de América.

El Jefe de mi Sección, en el Ministerio, al saber que había aceptado la proposición del Ministro, me enteró de que existía entonces una cuestión desagradable entre los gobier-

nos de Madrid y de Washington, por haber detenido, en la Habana, el Capitán General D. Juan de la Pezuela, hoy Conde de Cheste, al vapor mercante anglo-americano *Black Warrior*, por sospecha de dedicarse á ilícito comercio. No habiendo telégrafo que pusiera en comunicación á los dos continentes, y no siendo prudente enviar por el correo instrucciones reservadas al Sr. Cueto, se había resuelto que las llevara un empleado del Ministerio, y el Ministro, que me conocía personalmente, me había designado para ese encargo.

El 8, por la noche, salí de Madrid en la silla correo de Bayona, que desde el tiempo en que el Conde de San Luís fué Ministro de la Gobernación en el Gabinete presidido por el Duque de Valencia, era, como las de todas las líneas, para el servicio de correos en España, grande y cómoda berlina para dos personas, con ancho espacio detrás para la correspondencia. En el pescante iban el conductor y el empleado encargado de entregar y recoger los pliegos y paquetes de cartas en los pueblos del tránsito. A pesar de estar en primavera, fué tan intenso el frío la se-

gunda noche, que al pasar por Burgos compré bonita manta encarnada con rayas, que vinieron á vendernos al coche, y me fué muy útil en todo el viaje. Varios anglo-americanos quisieron comprármela en la travesía de Liverpool á Nueva York.

El 10 por la noche, á las cincuenta horas de la salida de Madrid, llegamos á Bayona, donde, por fortuna, encontré asiento en el coche del correo que poco después salió para Burdeos, pues no había aun ferrocarril entre las dos ciudades, y no se detenía en punto alguno. Al llegar á los lugares en que se mudaban los caballos, se hacía el cambio con prontitud extraordinaria, sin que los dos viajeros y el cochero tuvieran tiempo para bajar del carruaje. En ferrocarril fuí de Burdeos á París, donde llegué el 12 por la noche á la estación de Orleans. Allí tomé coche que, atravesando casi todo París, de Oriente á Occidente, me llevó á casa de mi hermana, la Baronesa de Beyens, cuyo marido había sido trasladado, un año hacía, de la Legación de Bélgica, en Madrid, á la del propio país, en París, donde á la sazón era primer Secretario, y después ha sido Minis-

tro Plenipotenciario más de treinta años, porque en Bélgica, lo mismo que en los demás Estados europeos en que los Ministros de la Corona atienden antes, como es natural, á los intereses de la nación que á servir á los amigos, no se cambian los representantes del país en el extranjero cuando entra á gobernar nuevo Ministerio. Como había visto muchos grabados de los monumentos y edificios notables de la capital de Francia, y la noche era clara, reconocí, al pasar, la fachada de la catedral de Notre Dame, la columnata del Louvre, el Obelisco de Luxor en la plaza de la Concordia, y la iglesia de la Magdalena, que más parece templo griego ó romano que católico. No había entonces más que el telégrafo óptico, de que los gobiernos se servían, pero no los particulares, y no pude avisar mi viaje y mi llegada á mi hermana, que muy sorprendida, al par que complacida, quedó, al verme entrar en su salón, cuando se disponía á ir con su marido á un baile, al que renunció, prefiriendo estar conmigo, pidiéndome noticias de nuestra familia y de sus numerosas amigas de Madrid.

Al día siguiente temprano fuí á tomar pasaje en el primer vapor que, de un puerto inglés, saliera para Nueva York. Había dos compañías cuyos buques hacían, semanalmente, el viaje entre el antiguo y el nuevo mundo: la anglo-americana de Collins y la inglesa de Cunard; los vapores de la primera zarpaban los miércoles, y los de la segunda los sábados, de Liverpool. No poco me contrarió no encontrar camarote en el del miércoles inmediato, y tuve que tomarle en el *Asia* para el siguiente sábado. No perdí tiempo para llegar á América, porque el vapor que ese miércoles salió de Liverpool, chocó en un bajo, al sur de Irlanda, y no pudo continuar el viaje, y la mayor parte de los pasajeros que llevaba fueron tres días después conmigo en el *Asia*.

Luego fuí á la Embajada de España, que estaba en la rue de Courcelles, ví al Embajador, Marqués de Viluma, y le entregué el pliego oficial que para él llevaba. No pude tener el gusto de ofrecer mis respetos á la Emperatriz Eugenia, á quien tanto había tratado como Condesa de Teba, en los agradables bailes y tertulias de su madre, la

Condesa de Montijo, en la casa de la plaza del Angel y en la quinta de Carabanchel, porque se encontraba fuera de París, y aunque le pedí audiencia me la concedió para el día siguiente al de mi marcha, porque olvidaron en la Embajada advertir que mi residencia en aquella capital sería muy breve.

La aproveché para ver algunos museos y monumentos y asistir al teatro francés, donde tuve la suerte de poder admirar á la célebre Rachel en el papel de Camila en los Horacios de Corneille, y en el de Adriana Lecouvreur, en el drama que con ese título escribieron Scribe y Legouvé, y que traducido al español, representó luego, con gran éxito en Madrid, Teodora Lamadrid. He visto después representar á la Ristori, á King, á Sarah Bernhardt y á otros famosos actores de diferentes países; pero ninguno es comparable, especialmente en la tragedia, á la Rachel.

La antevíspera del día que debía embarcarme para América, salí á las ocho de la noche de París, en el tren correo, por ser el más rápido, y á la mañana siguiente á las ocho llegué á Londres, tardando doce horas

en viaje que en la actualidad se hace en ocho. Fuí á la Legación de España, que entonces estaba en Portland Place, para entregar pliego oficial que de Madrid había traído, y por la tarde tomé el tren del gran ferrocarril occidental (Great Western railway), que en pocas horas, con vertiginosa velocidad, me llevó á Liverpool, donde pasé la noche. Al día siguiente me embarqué en el vapor de ruedas *Asia*, que entonces no los había de hélice, anclado en el río Mersey, á corta distancia del muelle, que zarpó á la una de la tarde con rumbo á Nueva York. Iba completamente lleno, y los pasajeros de primera, segunda y tercera clase, con la tripulación, éramos 310 personas. El pasaje en primera me costó 150 duros, y al regresar á Europa, 120; porque yendo á América se va contra la corriente del golfo (gulf stream), lo que obliga á emplear más días en la travesía, y á gastar mayor cantidad de combustible para la máquina. El tiempo, muy bonancible los primeros días, hizo que casi nadie se pusiera malo. Cuando no hay mareo es más agradable viajar embarcado que en ferrocarril, porque en los vapores de las

buenas líneas, los camarotes son grandes y tienen cómodas camas; los comedores son espaciosos y sirven también de salas de lectura y de conversación, y hay la ventaja de pasear y respirar fresca brisa sobre cubierta, mientras que en los trenes, aun en los mejores, más ó menos se va siempre encajonado. La comida era bastante buena, aunque demasiado inglesa, y los que no habíamos nacido en la Gran Bretaña tuvimos que pedir por favor, que se nos concedió, que en la sopa y otros platos, para nosotros, no pusieran pimienta, pues el cocinero la prodigaba con excesiva generosidad.

El 24 de Mayo, el Capitán del vapor, que presidía siempre la mesa, brindó en la comida, en términos encomiásticos, por la Reina Victoria, que en ese día cumplía 35 años.

Singular placer tenía yo en ir á los Estados Unidos. Había leído mucha parte de la conocida obra de Tocqueville, *La democratie en Amérique*, y aunque nunca he sido republicano, esperaba ver un país administrado con moralidad y economía. Además me gustaba que los principales escritores

anglo-americanos hubieran tratado en sus más notables obras de asuntos relativos á España, Washington Irving, en la *Crónica de la Conquista de Granada*, y en los *Cuentos de la Alhambra;* Ticknor, en la *Historia de la literatura española;* Prescott, en la magnífica *Historia de los Reyes Católicos*, y en las *Historias de la Conquista de Méjico y de la Conquista del Perú*. Parece como si aquellos insignes autores hubieran querido cumplir un deber de gratitud, consagrando sus escritos á tratar del país que descubrió el nuevo mundo en que ellos habían nacido.

Después de cuatro días de hermoso tiempo, y cuando ya esperaba terminar la travesía sin novedad, tuvimos recio temporal, que me causó gran mareo, si bien, por fortuna, fué de corta duración. Mientras le tuve, recordaba que Lord Chesterfield, en las conocidas cartas á su hijo, refiere que un personaje de la antigüedad, en la hora de la muerte, sólo de tres cosas se arrepentía: de haber dicho un secreto á una mujer, de haber pasado algunos días sin socorrer á sus prójimos desvalidos, y de haber hecho un viaje por mar pudiendo hacerlo por tierra.

En lo primero se equivocaba, que no son las mujeres más indiscretas que los hombres; pero eran fundados los otros dos arrepentimientos. Con razón y elegancia ha dicho Fernán-Caballero, que no comprende cómo las innumerables personas que han navegado desde los tiempos más remotos han dejado á Newton la gloria de descubrir la atracción de la tierra.

Pasado el temporal volvió la calma y con ella los magníficos espectáculos que ofrece la alta mar siendo de los mejores los crepúsculos de la tarde viendo á esa hora, según frase de Zorrilla:

> hundir el sol su disco refulgente
> por la llanura azul del mar tranquilo.

Tocamos en Halifax, puerto principal de Nueva Escocia para dejar la correspondencia del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, dirigida á su gran colonia del Canadá y á la madrugada siguiente, ocasión tuvimos de contemplar magnífica aurora boreal.

El 28 de Mayo, al levantarnos, sorprendiónos sobremanera á todos los pasajeros una tan densa niebla que no permitía ver los

objetos á la distancia de 3 metros. Cuando subí sobre cubierta me llamó la atención que los marineros andaban muy ocupados preparando con presteza los seis botes que el vapor llevaba para bajarlos al mar en caso necesario, y colocando sobre la cubierta numerosos cinturones de aire para salvamento, que hay siempre en los buques por si ocurre naufragio. Indagando la causa de tales preparativos y precauciones nos dijeron, que producen algunas veces esas nieblas, en esa época del año, las montañas de nieve, *Icebergs*, que al empezar el deshielo en el polo norte, son traídas por la corriente del mar á latitudes más meridionales, y ofrecen grave peligro de chocar con ellas porque se ignora la distancia y el lugar en que se encuentran. Cada cinco minutos se echaba el termómetro al agua para calcular por la temperatura si estaban próximas, y al propio tiempo se tocaba una sonora campana, por si había algún otro buque cerca avisarle, hasta donde era posible, por ese medio la dirección que nuestro vapor llevaba, y evitar el choque de los dos. Enterados del grave peligro en que nos hallábamos, todos los

viajeros vinieron á la cubierta, incluso bastantes, que por estar dolientes ó mareados, no habíamos visto desde la salida de Liverpool. Pienso que la mayor parte harían la misma observación que yo. En cada uno de los botes, haciéndolo con orden, improbable en caso de naufragio, podían colocarse 25 personas, y por lo tanto 150 en los seis: de suerte que las 160 restantes forzosamente tenían que contentarse con los cinturones de salvamento para quedarse flotando en el mar hasta que acertara á pasar otro buque y pudiera recogerlos. La perspectiva no era tranquilizadora. A la hora de comer, pocos fuimos los que al comedor bajamos, por preferir la mayor parte quedarse arriba cerca de los botes. Poco después de la sopa vinieron á llamar al Capitán que se marchó precipitadamente. Cuando los demás, que á la mesa estábamos, subimos luego, encontramos á la gente muy alarmada, por indicar la frialdad del agua, la proximidad de una de las montañas de hielo. Uno de los oficiales montado en el bauprés, trataba de ver si algo había delante del buque, y los otros se hallaban escalonados sobre la cubierta

para transmitir órdenes sin tardanza al timonero y al maquinista. Como el frío molestaba, estábamos algunos fumando junto al cañón de chimenea de la máquina, y de repente oimos orden del oficial del bauprés repetida por sus compañeros, que hizo que inmediatamente virase el buque á babor, haciendo ángulo recto con la dirección que antes traía. Ignorábamos lo que habría ocurrido, pero pronto vimos algo confusamente á muy corta distancia del tambor de la rueda de estribor, una montaña de hielo de forma irregular más alta que el palo mayor del vapor. Comprendiendo el inmenso peligro corrido, casi todas las señoras se desmayaron y una malparió, y algunos hombres sufrieron síncope. Como la niebla continuaba, nadie se acostó aquella noche y la pasamos durmiendo en sofás y sillones. El día siguiente fué despejado y con sol; y todo peligro desapareció. Nos contó entonces el Capitán que si por casualidad no hubiera acertado haciendo virar á babor, el naufragio habría sido inevitable y casi todos los que iban á bordo hubieran perecido, porque el vapor, con la velocidad de 12 millas por

hora que llevaba, al chocar con la montaña de hielo siendo éste todavía duro y consistente, se habría abierto de popa á proa yéndose á pique, y si por el contrario el hielo estaba ya reblandecido, el barco habría penetrado en la montaña flotante y el peso de una gran masa de hielo sobre la cubierta le hubiera hundido en el agua. Refirió que algunos años antes, en día también de espesa niebla, á pesar de los frecuentes toques de la campana, tuvo la desgracia de que el vapor que mandaba chocó, haciéndole naufragar, con buque grande que conducía á Inglaterra multitud de pasajeros, de los que pocos lograron salvarse; ocurriendo escenas tristes y desgarradoras. Uno de los salvados regresaba á su país con su mujer, cuatro hijos y sus considerables ganancias en monedas de oro, guardadas en sólidos cajones, y al ver, después de recorrer el vapor donde le llevaron, que había perdido su familia y toda su fortuna, se arrojó al mar, sin que hubiera medio de impedirlo. En el verano de 1856, regresé de Méjico á Europa por los Estados Unidos, y al atravesar el Atlántico para llegar á Inglaterra, en día claro y

despejado, el vapor en que venía pasó á corta distancia de varias bonitas y pintorescas montañas de hielo, que cuando no producen niebla no ofrecen el menor peligro. porque bajan lentamente hacia el sur llevadas por la corriente del mar.

Después de doce días de navegación, que ahora se hace en seis, llegamos al Nuevo Mundo, y desembarcamos en el Estado de Nueva Jersey, separado del de Nueva York por el caudaloso y pintoresco río Hudson. En el muelle había numerosos agentes y coches de los principales hoteles de la ciudad de Nueva York, para acompañar y conducir á los viajeros al que prefiriesen. Subí con otros compañeros al carruaje del San Nicolás, que se metió en uno de los pequeños vapores llamados ferryboats, cuyas cubiertas horizontales están siempre al mismo nivel que los muelles flotantes que hay en las dos orillas del Hudson, y por vez primera en mi vida pasé un río en coche.

El hotel *Saint Nicholas* y el *Metropolitan*, eran á la sazón los dos mejores de Nueva York y estaban situados en Broadway su principal y más extensa calle. Tenían

cuatro pisos con habitaciones para más de 300 personas y en aquel tiempo no los había de esa clase en Europa. Luego los han hecho; pues de ese género son el hotel del Louvre, el Continental y el Grand Hotel de París, y el Cedil, el Savoy y el Royal Hotel de Londres. En cuanto almorcé, fuí al consulado de España donde supe que el mejor tren y el más rápido para ir á Washington, era el de las ocho de la noche, que pasaba por Filadelfia y Baltimore, tardando doce horas en el viaje, porque en ninguna de las líneas férreas anglo-americanas, había en aquel tiempo trenes de gran velocidad como en Europa, ni coches, más que de una clase, que eran muy largos, para 36 ó 40 personas cada uno, con un pasadizo central y á izquierda y á derecha banquetas para dos personas, con respaldo giratorio, que permitía ir de frente ó de espaldas á la máquina, pero que llegando sólo á la mitad de la espalda, resultaba incómodo pasar la noche en el tren, pues no tenían los viajeros donde recostar la cabeza. Había comunicación de unos coches á otros por medio de plataformas en sus extremos. En el cen-

tro de uno de los lados de cada carruaje, había una cubeta de metal con agua y vaso también de metal, pendiente de una cadena. Cuando en 1856, regresé de Méjico, después de subir en vapor gran parte de los ríos Mississipí y Ohío, tomé el tren del ferrocarril desde Cincinnati á Washington, en el que observé una novedad extraña. Enfrente de la cubeta con agua, había en los coches un espejo y á uno de sus lados colgando de cadenas un peine y un cepillo de cabeza, y, lo que más me sorprendió, al otro lado, pendiente también de cadena, un cepillo de dientes. Durante el viaje, ví á bastantes mujeres y hombres, antes de llegar á las estaciones donde se quedaban, usar el peine y los dos cepillos. Confieso que me pareció un exceso de democracia, no laudable ni digno de imitación, que un solo cepillo de dientes sirviera para todos los viajeros de ambos sexos. Me sorprendió igualmente en país que alardea de ser muy democrático y en los Estados que combatían con mayor empeño la esclavitud y eran defensores declarados de los negros, que no les permitían, aun siendo libres, viajar en los

mismos coches que los blancos, y en todos los trenes había uno especial, destinado exclusivamente á la gente de color. Vi que los maquinistas y fogoneros, que en Europa iban innecesariamente á la intemperie, soportando las inclemencias atmosféricas, llevaban en la locomotiva, en los Estados Unidos, largo cobertizo que les preservaba del sol al par que de la lluvia.

Me hospedé en Washington en el hotel Willer, el mejor de la ciudad, situado en la Avenida de Pensilvania, ancha calle con árboles que desde el Capitolio, donde están en un mismo edificio las dos Cámaras del Congreso, el Senado y la Cámara de Representantes, va hasta la Casa Blanca, residencia del Presidente de la República, á la sazón el General Pierce. Según las instrucciones del Ministro de Estado, Sr. Calderón de la Barca, para saber las señas de la casa del Sr. Cueto, fuí á la de Mr. Carlisle, notable jurisconsulto, abogado consultor de la Legación de España y de la de Inglaterra, donde vivía el primer Secretario de la nuestra, D. José María Magallón, hoy Marqués de San Adrián, casado con una bella y sim-

pática joven, sobrina de Mr. Carlisle. Le encontré y me llevó á la Legación, que estaba en la calle 12 entre la calle F. y la calle G., porque allí las calles no tienen nombre: las paralelas á la Avenida de Pensilvania se llaman por las letras del alfabeto, y las perpendiculares á éstas, que las cortan en ángulos rectos, por números. Cueto me esperaba, porque todos los periódicos de la mañana anunciaban la llegada del diplomático español Sr. Alcalá Galiano, Vizconde del Pontón, que traía pliegos para el Ministro de España; y por ser mi apellido igual al de mi célebre tío y orador insigne don Antonio, algunos me confundieron con él y añadían que era yo uno de los primeros oradores de mi país, sin parar mientes en la inverosimilitud de escoger á un ex-Ministro y político eminente para llevar pliegos á una Legación en el extranjero. Parecieron muy bien al Sr. Cueto, las instrucciones reservadas que le había entregado, creyendo que facilitarían la satisfactoria y pronta terminación de la cuestión del *Black Warrior*.

Además de Magallón, estaban en la Legación de segundo Secretario Moreno, hijo

de nuestro Ministro en Suecia, y de agregado Luís Potestad, hoy Marqués de Potestad Fornari, que á poco se casó con una muy bonita señorita anglo-americana, conocida y apreciada luego en Madrid. Era mucho el trabajo que entonces había en la Legación, y teníamos que pasar los cuatro todos los días bastantes horas escribiendo, con calor excesivo y molesto, más fuerte que el de Madrid y de la mayor parte de las ciudades de Andalucía en esa estación.

A los tres días de mi llegada tuvo la amabilidad de convidarme, sin conocerme personalmente, para una reunión por la tarde en el campo, cerca de Washington, Miss Rebeca Scott, una de las más hermosas muchachas de aquella capital, donde tantas había bonitas, alta, morena, con ojos y pelo negros. Todos los numerosos convidados de ambos sexos eran solteros, sin más excepción que Mme Corbett, joven y bella esposa de un Secretario de la Legación Inglesa: y no añado al Sr. Cueto, que también concurrió, porque no había llevado á su familia á América y creían las gentes que no era casado. Se bailó mucho al aire

libre en una pradera donde servían helados, bizcochos, emparedados y buenos vinos, terminando la divertida fiesta poco antes de anochecer. Al día siguiente visité á Miss Scott para repetirle mi agradecimiento por su amable invitación. Estaba con su madre á quien me presentó y que pocos momentos después se marchó para no volver. Pensé por tal motivo que mi visita acaso había sido inoportuna y se lo manifesté á la hija, que me contestó sencillamente: «Lo que mamá ha hecho es muy natural, ha comprendido, con razón, que la visita era para mí y no para ella, y por eso se ha marchado.» Conocí en el baile campestre de la víspera á las principales señoritas de la buena sociedad de Washington. Una de ellas, Miss Ada Smith, blanca, rubia, con ojos azules, también preciosa, me convidó á un paseo á caballo por frondoso bosque inmediato á Washington. El día que me indicó fuí á buscarla á su casa, bajó en seguida, montó en su caballo y me llevó al bosque, en verdad asaz hermoso, que recorrimos durante largo tiempo sin encontrar persona alguna. Era su conversación animada y amena, y entre otras

cosas, me dijo sonriendo: «no tema usted comprometerse por estar tanto tiempo conmigo en estas soledades, pues nuestras costumbres sobremanera difieren de las de Europa, y aquí disfrutamos de gran libertad las muchachas solteras». Vi luego que esto era verdad, y que en cambio á las señoras casadas no se las veía en ningún punto de reunión y apenas salían de casa, completamente dedicadas á la vida de familia. A poco de mi llegada visité á Miss Medora Ward, para quien me había dado carta de recomendación la Señora de Calderón de la Barca y encontré que no eran exagerados los encomios que de su belleza había oído. Según me contaron, cuando iba al teatro se pagaban bastante mas caros los palcos, butacas y asientos de galería, desde los cuales se podía contemplarla. De los numerosos países en que he estado cuentan pocos tantas mujeres bonitas y de tan variados tipos como los Estados Unidos. La mayor parte además, eran elegantes, instruídas, hablando bien francés, y con gran deseo, entonces, de venir á Europa para ver los museos, especialmente los de Madrid, Italia y Dres-

de, que guardan los mejores cuadros de los más afamados pintores. Por regla general, con brillantes excepciones, las señoras anglo-americanas en 1854 eran muy superiores en cultura social á los hombres de su nación, que consideraban, la mayor parte, tiempo perdido el dedicado á las ciencias, á la literatura y á las artes, creyendo que la ocupación preferente deben ser los negocios para ganar dinero y aumentar la fortuna. De ese natural deseo de venir al antiguo continente ha resultado que muchos europeos que van á la América del Norte se maridan fácilmente, sobre todo si tienen buena posición oficial, política ó social, con jóvenes bien parecidas al par que acaudaladas. Recuerdo que en aquella época tenían esposas anglo-americanas el Ministro de Francia Conde de Sartiges, cuya cuñada había casado con el anterior primer Secretario de la Legación de España, D. Miguel Bañuelos, hoy Conde de Bañuelos y el Ministro de Rusia, Mister Bodisco, fallecido poco antes de mi llegada.

Procuré enterarme desde luego de la situación política de aquella nación. Sabía

que su Gobierno era constitucional y representativo, pero no parlamentario y de gabinete, y que el Presidente de la República, que lo es por cuatro años, toma posesión de la Presidencia el 4 de Marzo siguiente á su elección, para la que cada Estado de la Unión designa tantos Delegados como Senadores y Diputados tiene en el Senado y Cámara de Representantes del Congreso Federal, y cada Estado tiene en el Congreso dos Senadores y el número de representantes correspondientes á su población. El Presidente nombra los Secretarios de Estado, que son como sus Ministros, pero que no tienen asiento en el Congreso y no pueden presentar y defender personalmente en ninguna de las dos Cámaras los proyectos de ley de interés para el Gobierno. Era entonces Secretario de Estado para los negocios extranjeros un General, si mal no recuerdo de nombre Marcy, que no hablaba más que inglés y casi todos los representantes diplomáticos acreditados en Washington tenían que llevar intérprete para las conferencias que con él celebraban. Attorney General, cargo equivalente á Ministro de Justicia, era Mr. Calleb,

Cushing que á superior talento reunía vasta instrucción y había publicado un libro refiriendo su viaje á España en 1831. Por ser los dos notables literatos se había hecho amigo del Sr. Cueto. El Congreso se reune todos los años en la capital federal el primer lunes de Diciembre y duran sus sesiones hasta el siguiente verano. En la legislatura de 1853-54 se discutió un asunto de gran interés para el país, que dió lugar á largos y acalorados debates. Los territorios de la Unión, cuando cuentan con determinado número de habitantes y reunen otras condiciones que la ley exige, tienen derecho á ser admitidos, previa la aprobación de las Cámaras del Congreso, como Estados en la Confederación. En esa situación se hallaba entonces el territorio de Nebraska, y se había presentado el oportuno proyecto de ley para que fuera en lo sucesivo Estado de Nebrasba. Existía aún la esclavitud en bastantes Estados del Sur, que la defendían con empeño, mientras que todos los restantes, que eran la mayoría, la combatían con tenacidad y pedían su abolición. Cada vez que se trataba de convertir un territorio en

Estado, la cuestión de mayor interés y que más se discutía, era si en él se había de consentir ó prohibir la esclavitud. A poco de llegar fuí al Congreso, cuyas dos Cámaras celebran sus sesiones en el Capitolio, gran edificio, no completamente acabado entonces, que tiene en el centro espacioso salón circular con elevada cúpula. En él había cuatro grandes cuadros históricos con figuras de tamaño natural. Uno representaba la declaración de la independencia de los Estados Unidos, y si bien de mediano mérito artístico, ofrecía gran interés por los retratos de los hombres célebres que en aquel importante acto tomaron parte, por lo cual se ha reproducido en hermoso grabado. En otro habían pintado una batalla en la que los anglo-americanos vencieron á los ingleses en la campaña de 1812. Otro era el descubrimiento de América el viernes 12 de Octubre de 1492: Cristobal Colón, con un grupo de los españoles que en la navegación le acompañaron desembarca en la isla de Guanahaní, la primera que vió en el nuevo mundo, y de ella toma posesión en nombre de los Reyes Católicos. Representaba el

otro á Hernando de Soto, con la escasa gente que acaudillaba, descubriendo el río Mississipí, tras largo, penoso y peligroso viaje, casi todo á pie, desde el puerto de la Florida donde llegó procedente de Cuba. Como español no dejó de halagarme que en el principal edificio de Washington en dos de los cuatro cuadros expuestos al público los asuntos fueron sucesos de la historia de España ó llevados á cabo por españoles.

La Cámara de Representantes es semicircular, como el Congreso de Diputados de Madrid, y en las gradas, que están en anfiteatro, tenía cada representante un sillón de brazos y delante pequeña mesa con pupitre y recado de escribir. Debajo de las tribunas había galería, sólo separada del salón de sesiones, cuya continuación parecía, por columnas de hierro á bastante distancia unas de otras. En los varios sofás que en ella existían, junto al muro, vi á Representantes acostados y durmiendo, que sin duda para evitar que la luz les despertara, se habían puesto pañuelos blancos en la cara, y por el excesivo calor estaban en mangas de camisa

y quitado el calzado. Si ocurría una votación los llamaban, apresuradamente se calzaban y ponían la levita, y votaban, probablemente no muy enterados del asunto de que se trataba. En la alta Cámara los Senadores cuidaban menos de su comodidad personal y á ninguno ví descalzo y en mangas de camisa. La cuestión de permitir ó prohibir la esclavitud en el nuevo Estado de Nebraska, se discutía con tenacidad y extremada pasión, no sólo en el Congreso, sino en la prensa, y casi todos los periódicos del Sur amenazaban, si la prohibición se aprobaba, con la separación de la Confederación, de los Estados en que existía, formando otra república, aunque para lograrlo necesaria fuera sangrienta guerra civil. Leyendo todos los días artículos en que se repetía con insistencia esta declaración, preguntó el Sr. Cueto á su amigo Mr. Caleb Cushing, si votado por las dos Cámaras, como sin duda lo sería, el proyecto de ley relativo al Estado de Nebraska, creía que los del Sur intentarían la separación. Contestó Mr. Caleb Cushing, sonriendo: «Tranquilícese usted. Cuando conozca más este país verá usted que en todas

nuestras cuentas políticas, lo mismo en las referentes á cuestiones interiores, que en las que de asuntos internacionales tratan, la primera partida y la más considerable es siempre el ruido.»

Paseaba yo una tarde por la Avenida de Pensilvania con Mr. Solvyns, Ministro de Bélgica, cuando se acercó á hablarle un caballero no muy entrado en años y de buen aspecto. Como no le conocía, me aparté, pero á los pocos minutos me llamó el diplomático belga para presentarme á aquel señor, presidente del mejor casino de Washington, situado en aquella misma Avenida. Después de los cumplidos de costumbre me dijo que me rogaba con interés que visitara su casino, porque me interesaría, pues creía que era mejor que los muy conocidos de Baden-Baden, Hamburgo y Wisbaden en Alemania. Gracias le dí por su espontánea y amable invitación, añadiendo que no sabía si podría aprovecharla, por ser múltiples mis ocupaciones y compromisos contraídos para el corto tiempo que debía permanecer en Washington. Insistió en su ruego el cortés presidente, y como para acabar de conven-

cerme de que podía acceder á su petición, manifestó que á su casino sólo concurrían personas respetables, los caballeros de las principales familias de aquella capital, los diplomáticos extranjeros, algunos Senadores, pero pocos, y ningún miembro de la Cámara de Representantes, aunque casi todos lo solicitaban. Extrañeza me causó, haciéndome gracia, que un anglo-americano dijera como cosa corriente y admitida, en su primera conversación con un extranjero recién llegado, que en aquella nación no consideraban como á gente respetable á los Representantes del país y á gran parte de los Senadores. Refiriendo luego esta declaración del presidente del casino, me aseguraron, no sólo muchos diplomáticos, sino bastantes anglo-americanos de la buena sociedad, que allí por regla general se estimaba muy poco ó nada á los que se dedicaban á la política, *polititians*.

Los Senadores y Representantes del Congreso de Washington, además de la habilitación de viaje para trasladarse desde sus respectivos Estados á la capital de la República y regresar á sus casas, cobran:

De sueldo................	5.000	pesos.
Para un Secretario........	1.200	—
Para periódicos...........	120	—
Total...........	6.320	—

No es extraño que haya muchos que aspiren á la honra y al provecho de formar parte del Congreso.

El Senado, que es cuerpo colegislador, tiene también atribuciones administrativas, como la de aprobar los nombramientos diplomáticos que hace el Presidente de los Estados Unidos. Para ejercerlas se reune á los pocos días de cerrarse el Congreso. Los Senadores que no salen de Washington para asistir á esa reunión, se hacen pagar el viaje de ida y vuelta á sus Estados. En 1854 lo hacían los Senadores de California, y su habilitación importaba bastante, porque el viaje á San Francisco, que ahora se verifica directamente por ferrocarril en poco más de cuatro días, se hacía entonces por el istmo de Panamá y era largo y caro.

Los Senadores son 90, dos por cada Estado, y los Diputados 357, según he visto en estadística reciente: total, 447. Cobrando

cada uno de ellos 6.320 pesos, resulta que el Congreso de Washington cuesta al país 2.825.040 pesos.

Según me aseguraron personas respetables del país y extranjeras, allí los ciudadanos formales y de alguna importancia, por punto general, no toman parte directa en la política, que por tal motivo está casi exclusivamente en manos de los que nada ó muy poco tienen que perder, y que la explotan en provecho propio con olvido y daño de la justicia y de los verdaderos intereses de la nación, que cuenta ahora cerca de 70 millones de habitantes.

Había entonces en las iglesias católicas la agradable costumbre de que, durante la misa, las señoras y señoritas cantaban, con acompañamiento de órgano, escogida música religiosa. Me sorprendió que aun en la casa de Dios, donde todos son iguales, no permitían á los negros libres sentarse en los mismos bancos que los blancos, obligándoles á estar en alta tribuna especial. Luego me enteré de que en Boston, una de las ciudades más cultas y adelantadas de la Confederación, se prohibía á los negros libres

circular por las calles después de las ocho de la noche. No dejó de sorprenderme que en una república democrática hubiera para la gente de color estas pequeñas vejaciones desconocidas en la España monárquica. Años después ocurrió un caso singular. Un negro libre y acaudalado, en Nueva York establecido, necesitando para asuntos propios venir á algunos países de Europa, donde aún se exigía pasaporte á los extranjeros, lo pidió á la autoridad correspondiente de aquella ciudad, que le contestó que por ser negro no tenía derecho á que se le diese. Por parecerle injusta apeló de esta negativa al Tribunal Supremo, que tiene extraordinarias atribuciones, inclusa la de suspender la observancia de las leyes votadas por el Congreso, si estima que son contrarias á la Constitución de los Estados Unidos. Defendió la apelación uno de los buenos abogados de Nueva York, pero el Tribunal aprobó la decisión de la autoridad neoyorkina. Por fortuna para el negro, las legaciones de los países que se proponía visitar, enteradas de que era hombre honrado y del objeto del viaje le dieron documentos para que pudiera

verificarlo. En la lucha de los Estados Unidos del Norte con los del Sur, asaz contribuyó á la abolición de la esclavitud el interesante libro *La cabaña del tío Tomás*, de la señora Beecher Stowe, pero la resolución de esa difícil cuestión ocasionó sangrienta y ruinosa guerra civil que duró de 1861 á 1865, y también el asesinato del presidente Lincoln.

Era muy desahogada la situación de la Hacienda federal, por ser relativamente reducido el presupuesto de gastos. No existiendo en la América del Norte ninguna otra nación importante y poderosa, cuya ambiciosa política ofreciera peligro, no tenían los Estados Unidos apenas ejército permanente y marina de guerra. Si mal no recuerdo, en 1854 el ejército anglo-americano era de unos 12.000 hombres de todas armas, destinados casi exclusivamente á luchar con los indígenas de Occidente para impedir sus incursiones en los Estados de la Unión y para exterminarlos sangrienta y cruelmente, y la marina de guerra era de todo punto insignificante. Traté de adquirir informes exactos acerca de la administración

municipal y por personas bien enteradas supe que, por regla general, con raras excepciones, era sobremanera inmoral, que casi todas las ciudades importantes tenían deuda muy considerable, y sus presupuestos anuales, con excesiva frecuencia, tenían déficit crecido.

En Washington estaban trazadas las calles con regularidad para que pudiera haber millares de habitantes, pero existían multitud de solares que no estaban cercados, donde pacían vacas, cerdos y ovejas, con algún peligro para los transeuntes, acrecentado por el pésimo alumbrado de las vías públicas, que se suprimía las noches de luna, aunque saliera después de las doce. Una de esas noches, de obscuridad completa, iba yo con mi jefe, el Sr. Cueto, por una de las calles céntricas, inmediata a la Avenida de Pensilvania. De repente oí un ruido como el de un cuerpo cayendo al suelo y después un grito agudo. Lo que ocurrió fué que había una vaca echada en la acera, y el Sr. Cueto, que no podía verla, tropezó con ella, y yendo de prisa, cayó del otro lado, lastimándose bastante. Un Secretario de una de las Le-

gaciones extranjeras, nos propuso á varios de sus colegas que saliéramos un día á caballo, aparentando ir á cazar los numerosos animales que siempre se encontraban en los solares y en las calles, pero desistió del proyecto, comprendiendo que era censura ostensible al Ayuntamiento de la capital.

No había en Washington museo de pintura y escultura, porque no se cultivaban entonces las bellas artes en los Estados Unidos. Un escritor francés publicó un libro sobre aquel país, donde había residido algún tiempo, y después de tratar de su constitución política, del gobierno, de la administración y de la hacienda, del ejército y la marina, de los historiadores y novelistas y de los oradores más elocuentes, encabezaba un capítulo con el título *Bellas Artes*, al que seguían varias hojas en blanco; lo que molestó bastante á los anglo-americanos. En vasto edificio donde se hallaba el departamento de Patentes *(Patents Office)* había interesante y numerosa colección de modelos de todos los objetos, que por su originalidad habían obtenido patente de invención. En uno de los principales salones se

hallaba un cuadro de marco dorado, en el que debajo del cristal y sobre fondo blanco se veían, sujetos con pequeñas cintas, mechones de pelo de Jorge Washington y de todos los personajes notables que con él tomaron parte en la proclamación de la independencia de los Estados Unidos. Al pie del cuadro se leía en un papel atento ruego á las personas célebres de cuyos cabellos no había allí mechón á fin de que enviaran uno para añadirlo á la colección.

Deficiente era en la capital el servicio de policía. Se dirigía una tarde el Presidente de la República, General Pierce, por la Avenida de Pensilvania á la Casa Blanca, y un hombre, que probablemente había bebido demasiado, salió de una casa y le tiró un huevo á la cabeza, que no le causó daño, pero le manchó la corbata y la levita, y no hubo agente alguno de la autoridad para detener al autor de la fechoría.

A fin de Junio se había completamente arreglado la cuestión entre España y los Estados Unidos, suscitada por la detención en la Habana del buque anglo-americano *Black Warrior*. Al propio tiempo, estaba para

terminar la legislatura del Congreso con la aprobación del proyecto de ley, admitiendo como Estado en la Confederación al territorio de Nebraska, en el que no se permitiría la esclavitud. En las Cámaras y en reuniones públicas, tomaron parte principal en la discusión de ese proyecto, que en gran manera interesaba á todo el país, los tres oradores más elocuentes en aquella época, Mr. Web ster, Mr. Clay y Mr. Calhum. El Sr. Cueto, á quien debí repetidas atenciones, y que me trató más como amigo que como jefe, me autorizó á viajar por el norte del continente antes de regresar á Europa. Fueron mis compañeros en esa agradable excursión, el Marqués de Tagliacarne, representante del Piamonte, en Washington; el Sr. Valdés, joven chileno á quien había conocido en casa del Sr. Magallón y Mr. Mann, joven angloamericano, hijo de un notable político del sur, que durante la guerra de Secesión de 1861 á 1865, fué en Richmond, Subsecretario de Estado del Gobierno separatista.

Fuimos primero á Nueva York, al Hotel Metropole que tenía la pequeña ventaja sobre el San Nicolás, de ser todos los criados

blancos. En uno y otro, había la buena costumbre de reservar el piso principal para las señoras solas y con caballeros, y en los restantes se hospedaban los hombres. Los precios eran muy razonables: por un buen cuarto con ventana á la calle principal, Broadway, cómoda cama, los otros muebles necesarios y alumbrado de gas, y por el desayuno, el almuerzo, el té á las cinco de la tarde, la comida á las seis, seis treinta, ó siete, y la cena, en el gran comedor del piso bajo, se pagaba, en los mejores hoteles, en todos los Estados Unidos, 12,50 pesetas diarias. En la actualidad, por eso mismo, se satisface más del doble. En el piso bajo, en la parte interior, estaba el *barroom*, donde en largo mostrador bonitas muchachas servían bebidas frescas muy agradables y convenientes por el excesivo calor que allí hace en verano, y un gran salón con ventanas á la calle, desde el suelo casi hasta el techo, donde ponían los periódicos y algunas revistas nacionales y del extranjero. A los anglo-americanos les gustaba leer sentados, con los pies un poco más altos que la cabeza, y para complacerlos había en ese salón, casi pegada á

las ventanas, una barra redonda de metal dorado en la que ponían los pies los lectores en sendos sillones repantigados. Los transeuntes de la calle al pasar delante de los hoteles, si convertían la mirada al piso bajo, lo primero que veían á través de los cristales era larga serie de suelas de calzado. Buenos eran los almuerzos, comidas y cenas, en la mesa redonda; pero había la costumbre, por efecto del calor, de poner pedazos de hielo, no sólo en los vasos de agua, sino en todas las copas con vino, resultando que nunca se bebía puro sino con agua. Procedía el hielo de lagos artificiales de agua potable, en los Estados del Norte, y era tan abundante que además de bastar para el consumo del país, se exportaba en cantidad considerable á la América del Sur.

Nueva York terminaba entonces, por el Norte, en la espaciosa plaza de la Unión, *Unión Square*, que ahora se halla en el centro de la población, por lo mucho que ha crecido el número de sus habitantes; y no había casas de 20 pisos, ni ferrocarriles por las calles á la altura de los pisos principales que existen en la actualidad. En la parte

meridional de Broadway habían conservado, á los lados de una iglesia sin tapias que á la vista los ocultara, los terrenos en que estaban enterrados muchos cadáveres, y sobre los sepulcros se veían lápidas, cruces y monumentos de piedra. Efecto raro causaba este pequeño cementerio en la principal calle de la ciudad. Enfrente de Nueva York, en la isla Larga *(Long Island)*, se halla Brooklyn, donde se iba con frecuencia en coches llevados en pequeños vapores *(ferriboats)* y que hoy comunica también con el continente por medio de puente colgante, de tal altura, que por debajo pasan los barcos de mayor porte. A corta distancia se encuentra el amplio cementerio de Nueva York, con anchos arrecifes para poder recorrerle en carruaje y lleno de fúnebres monumentos. Algunas personas hacían construir en vida sus sepulcros, poniendo encima su busto ó su estatua de cuerpo entero de mármol ó de bronce. A pesar del calor sofocante que allí abruma en verano y que hace que sea la ciudad en que hay más muertes repentinas por insolación, pasamos en Nueva York el 4 de Julio, aniversario de

la independencia, para asistir á una pequeña revista de voluntarios y de soldados con los uniformes que se usaban en el tiempo que se conmemoraba. Al frente de uno de los batallones iba el jefe, que acaso estaría doliente, no á pié ni á caballo, sino en coche abierto.

Emprendimos el 5 de Julio la navegación del río Hudson, cuyas accidentadas márgenes son muy pintorescas. Vimos las grandiosas *palisades* de piedra, los bonitos lagos George y Champlain, luego la escuela militar que estaba en Westpoint en la orilla derecha; desembarcamos por unas horas en Albany, pequeña población, capital política, donde se reunen las Cámaras legislativas del Estado de Nueva York; continuamos subiendo por el río, y en Schenectady tomamos el tren que nos llevó al Niágara. Atravesando puente colgante, pasamos al Canadá para ir al hotel, desde donde hay mejor vista que desde la márgen anglo-americana de la famosa cascada que forman en rápida corriente las aguas del lago Erie, antes de llegar al lago Ontario. Al contemplarla por vez primera, produce, en general, menos

impresión de la que se esperaba. Se tiene la idea de que es inmensa su altura, que sólo alcanza 152 pies, y parece menor, porque se la mira desde la parte alta. Del lado del Canadá es la cascada circular, en forma de herradura, y está separada por la pequeña isla de la Cabra *Goat-Island*, de la sección inmediata á la orilla anglo-americana que es recta y corta. Parece mucho más hermosa la catarata vista desde abajo, y al contemplar la extraordinaria cantidad de agua que con gran velocidad de la altura se derrumba, involuntariamente vienen á la memoria los hermosos versos que inspiró al poeta cubano Heredia:

¿Qué poderosa mano
hace que, al recibirte,
no rebose en la tierra al Oceano?

La cascada al caer á la parte baja del río, produce constante bruma, que al elevarse por los aires parece extenso velo blanco, delante de la espumosa corriente colocado. Antes de la cascada hay lo que llaman los rápidos, *the rapids*, que es una parte del río en que el fondo poco profundo es de piedra

y muy escabroso, ocasionando vistosas ondulaciones del agua, con mucha espuma, que ofrecen bonita perspectiva. Por el lado del Canadá, poniéndose calzado y traje completo, impermeables, se puede andar buen trecho debajo de la cascada, pero los remolinos y las corrientes de aire que la caída del agua produce, dificultan la respiración. También del lado anglo-americano se baja á espacioso hueco, llamado Cueva de los vientos, que hay en la roca debajo de la cascada, y dan certificado impreso, que conservo, como si se tratara de acto muy difícil y arriesgado, á los que en ella penetran y permanecen algunos minutos. La fuerza de la corriente destruye lentamente la piedra del cauce, desde donde caen las aguas, y esto hace que poco á poco la cascada vaya alejándose del lago Ontario y acercándose al Erie. Casi más hermosa y fantástica que por el día, y con sol radiante parece en las claras noches á la luz argentada de la luna. Al año siguiente, cerca de Cuernavaca, al sur del valle, donde se halla la ciudad de Méjico, tuve ocasión de contemplar la cascada de San Antón, de mayor altura, pero

más estrecha y mucho menos hermosa y magnífica que la del Niágara. Después de haber pasado cerca de tres días admirándola y recorriendo los pintorescos campos inmediatos fuimos á Queenstown, pequeño pueblo cercano, para tomar el vapor en que atravesamos el extenso lago Ontario y pasando entre numerosas islitas, con buena vegetación, llamadas las mil islas, entramos en el caudaloso río San Lorenzo, que pasando por Montreal y Quebec en el Canadá desemboca en el Mar del Norte. Antes de llegar al sitio en que las muchas rocas del cauce dejan estrecho paso para buques de bastante calado, paró el vapor, hasta que en él se embarcaron dos indios que desde la orilla del río vinieron remando en pequeña canoa, hecha del tronco de un árbol. Uno de ellos se encargó del timón, y no nos abandonó hasta que estuvimos del otro lado del angosto canal formado por las rocas. Entonces bajaron los dos á la canoa, que había venido atada á la popa del vapor, y se fueron á tierra. Mis tres compañeros y yo, con varios pasajeros, desembarcamos al caer de la tarde en Montreal, y en el hotel

nos dieron la desagradable noticia de que la víspera habían muerto 110 personas del cólera, y que probablemente en aquel día sería mayor el número de las víctimas de la epidemia. Después de comer paseamos por las principales calles de la ciudad, y me sorprendió que haciendo tantos años que aquella parte del Canadá pertenecía á Inglaterra, en las tiendas, en los cafés, en los hoteles, en las tertulias al aire libre, en todas partes hablaban siempre en francés, como cuando dependía de Francia: nueva prueba de la gran dificultad de cambiar el idioma de un pueblo, aunque valga mucho la nación que le domina y que tiene otro distinto. En 1856, viniendo de Veracruz, desembarqué en Nueva Orleans, en dos partes casi iguales dividida por la calle del Canal, y también me sorprendió que en una de ellas, nada más que francés se hablaba y en la otra inglés. Entré en una tienda de Montreal para comprar un album con vistas del país, que desde Nueva York había recorrido, dí una libra esterlina, me la devolvieron, y tuve que pagarlo con duros de los Estados Unidos. Hubo que renunciar á ir á Quebec, por

haber allí también cólera fuerte, y al día siguiente, al de nuestra llegada, acabamos de ver los principales edificios de Montreal, y en ferrocarril, fuimos al Estado de Nueva Hampshire, uno de los de la Confederación anglo-americana, con el propósito de subir á las *montañas blancas*, cuya pintoresca situación mucho nos habían encomiado. No son muy elevadas, pero no existen más altas en los Estados del Atlántico y en los inmediatos, y por ese motivo, en el verano, cuando el calor arrecia, numerosos viajeros van á verlas, porque están al norte de la República. En una hora subimos á pie, á la cima de la más alta, el monte Washington, donde en buen hotel se almuerza y come, al aire libre, contemplando hermoso y dilatado panorama. En ferrocarril nos trasladamos á Boston, capital del Estado de Massachusets, uno de los más antiguos y de mayor ilustración de la Unión. Fama gozaba merecida su Universidad, porque en sus aulas mejor se estudiaba que en las de otras ciudades. Según nos habían anunciado en Washington, observamos que después de las ocho, ningún negro transitaba por las calles.

Visitamos los más notables edificios, y el cementerio, inferior al de Brooklyn, si bien tenía numerosos al par que variados monumentos y sepulturas. Desde Boston, nos dirigimos por camino de hierro, y atravesando corto trecho de mar á Newport, en la isla de Rhode, *Rhodeisland*, uno de los más de moda y elegantes lugares para pasar el verano, en buenos hoteles y cómodas quintas con jardín, siendo una de las mejores, Yellow-Cottage, que ocupaba con su familia, el Conde de Sartiges, Ministro de Francia. Todos los días había almuerzos y bailes campestres, paseos á caballo y en coches abiertos, banquetes y más bailes por la noche. Mucho se divertía la gente joven, y no pocos convites tuvimos en los días que allí pasamos.

De Washington, á nuestro regreso á fin de Julio, la mayor parte de la gente conocida y acomodada se había marchado huyendo del sofocante calor que en verano se padece en la capital de la República. Largamente hablé de mi viaje al Sr. Cueto, que se proponía hacerlo en la primavera del siguiente año, si los asuntos siempre numerosos y

desagradables á las veces de aquella Legación se lo permitían. Le recomendé especialmente la navegación de los ríos Hudson y San Lorenzo y que no dejara de ver la cascada del Niágara. No añadí las montañas blancas por no ofrecer interés á los que en nuestro país han visto el Guadarrama, Sierra Morena, Sierra Nevada ó parte de los Pirineos. Uno de los pocos representantes extranjeros, que á la sazón no se habían ausentado, y á cuya casa en Georgetown, cerca de Washington, iba con frecuencia por las tardes, seguro de encontrar alguna agradable señora con quien en el jardín se tomaba té ó refrescos, era Mr. Crampton, que luego vino de Ministro de la Gran Bretaña á Madrid, casado con la bonita Miss Balfe, que divorciada, se maridó después con el Duque de Frías.

En uno de los lados de la avenida de Pensilvania, no lejos del Capitolio, se construía un monumento á Washington, que consistía en aguja cuadrada, más ancha por la base que en la parte superior, construída con piedras regaladas por los Estados de la Confederación, por las naciones extranjeras y por

particulares, cuyo principal mérito, acaso el único, consistiría en ser de mayor elevación que todos los monumentos en el antiguo mundo conocidos. Se terminó bastantes años después, pero luego le ha superado en altura la Torre Eiffel de París. En el propio lado de la Avenida y á corta distancia se hallaba el espacioso edificio del Instituto de Smiths, *Smithsonian Institution*, donde había cátedras públicas y se daban á luz obras notables.

A principio de Septiembre, por haber disminuído bastante el trabajo en la Legación, me dió permiso el Sr. Cueto para regresar á Madrid. Al despedirme de él y de los Secretarios, que tanto habían contribuído á que me fuera agradable la residencia en Washington, ciertamente no imaginaba que andando el tiempo sería yo Ministro de Estado y tendría el gusto de nombrar á Magallón Director de Política en ese Ministerio, y que luego habría de ser colega del señor Cueto en la Real Academia Española. A los pocos días me embarqué en Nueva York en vapor de la línea Cunard, llevando grato recuerdo de mi viaje á los Estados Uni-

dos. Tuve la suerte de hacer la travesía hasta Inglaterra con la simpática Mme Bodisco.

Desembarcamos en Liverpool, y sin detenerme tomé el tren para Londres, donde fuí al Hotel Fenton en la céntrica y frecuentada calle de Saint James. Durante mi ausencia ocurrió en España la sublevación de Vicálvaro, y con arreglo á la mala costumbre que aún subsiste, de nombrar nuevos jefes para las Embajadas y Legaciones cuando cambia el Ministerio, encontré de Ministro en Londres á D. Antonio González, que más adelante fué allí mi jefe. En el corto tiempo de mi residencia en la capital de Inglaterra, fuí una vez á la relojería del conocido español Losada, que estaba en el Cuadrante entre Piccadilly y la calle del Regente, donde ví al célebre Cabrera, Conde de Morella, que tanto figuró en la primera guerra carlista, y que no habiéndose acogido al convenio de Vergara, se estableció en Londres y casó con opulenta señora inglesa, que aun antes de conocerle personalmente, de él se había enamorado por sus hazañas militares. Cabrera pasaba casi todas las tardes más

de una hora en aquella relojería por el gusto de hablar español.

En París viví en casa de mi hermana la Baronesa de Beyens. Visité al Embajador de España, el insigne orador D. Salustiano de Olózaga, que conversó largo rato conmigo sobre mi reciente viaje, dirigiéndome numerosas, al par que variadas, preguntas acerca de los Estados Unidos, su gobierno, administración y hombres políticos. Tuve la suerte de poder contestarle dándole las noticias que deseaba. Debió quedar satisfecho, pues al despedirme dijo que dejaba en él no solo un amigo sino un aficionado á mí. En 1878 ingresé en la Academia de Ciencias Morales y Políticas para ocupar la vacante que resultó por su fallecimiento en París, y con gusto aproveché la ocasión para elogiar su mérito como político notable y muy especialmente como gran orador.

Solicité audiencia de la Emperatriz Eugenia, á quien no había podido ver en Mayo, y la contestación fué convidarme á comer el siguiente día en el Palacio de Saint Cloud, población á tan corta distancia de París que pude ir en coche. A la llegada un ugier me

condujo al salón donde estaban descotadas y de manga corta la simpática y elegante Baronesa de Malaret, y otras damas de la corte; algunos gentiles hombres, de frac, con la insignia de su categoría y varios convidados. A poco se presentaron SS. MM. y la Emperatriz, que estaba en el apogeo de la belleza, me presentó á Napoleón III, que al darme la mano dijo que sabía que la Emperatriz me conocía y apreciaba hacía bastantes años. En la mesa estuve colocado muy cerca del Emperador, que muchas veces me dirigió la palabra para pedirme noticias de los Estados Unidos y de algunas de sus principales ciudades, y en una ocasión me replicó sonriendo: «Veo que tiene usted el mal gusto de preferir París á Nueva York.» Después del banquete, mucho me habló la Emperatriz de la mayor parte de las personas que en Madrid había tratado y me encargó visita para su madre la Condesa viuda de Montijo y para su hermana la Duquesa de Alba. A las diez y media se retiraron SS. MM. á sus habitaciones y regresé á París.

La cuestión que más preocupaba enton-

ces en Francia era la guerra con Rusia que había destruído completamente la escuadra turca en Sinope, puerto del mar Negro, y cuyo ejército acababa de atravesar el Pruth para invadir á Turquía, y si le era posible ocupar á Constantinopla. Con objeto de impedirlo y defender la integridad del imperio otomano, celebraron alianza Inglaterra, Francia y el Piamonte que enviaron poderosa escuadra al Báltico, y numeroso ejército á la pequeña península de Crimea en el mar Negro para tomar la plaza fuerte de Sebastopol. Creyeron algunos que la campaña sería corta y fácil para los aliados. En banquete que le dieron de despedida Lord Napier, Jefe de la escuadra inglesa que fué al Báltico, brindó por la pronta ocupación de Cronstad, pero no sólo no lo tomó sino que no disparó un cañonazo contra sus fuertes y tampoco contra Swiborg. Lo único que hicieron las escuadras en aquel mar, llevando 6.000 hombres de desembarco á las órdenes del general francés Baraguay d'Illiers, fué apoderarse, después de corto sitio, de Bomarsund, capital de la pequeña isla de Aland, por escasa fuerza rusa defendida, lo

que valió á aquel general el ascenso á Mariscal de Francia. Pocos días después estaba yo de visita en casa de la Baronesa de Sevach, señora rusa, hija del célebre Canciller del imperio moscovita Conde de Nesselrode, casada con el Ministro de Sajonia en París, y entró en el salón un caballero pequeño, con anteojos, á quien reconocí, por el parecido con sus retratos en los periódicos de caricaturas: era M. Thiers, que tanto había figurado en el reinado de Luís Felipe, autor de una *Historia de la Revolución francesa* y de la *Historia del Consulado y del Imperio de Napoleón*. Hablando de la guerra, dijo la Baronesa que le parecía excesivo y casi ridículo hacer un Mariscal por un suceso de tan escasa importancia, como la toma de Bomarsund, «qué quiere usted, señora, contestó M. Thiers, es alegría de advenedizo.» (C'est joie de parvenu.)

Los ejércitos aliados, al desembarcar en Crimea, tuvieron tres reñidas batallas con el ruso, la del Alma, la de Balacklava y la de Inkerman. En esta última los ingleses dieron brillante carga de caballería, pero

habrían sido vencidos, sin el pronto y eficaz auxilio de los franceses. Después se emprendió lo que impropiamente se llamó sitio de Sebastopol, porque aquella plaza fuerte rusa nunca estuvo cercada por los enemigos, y siempre tuvo comunicación con el resto del imperio, y recibió víveres y municiones por el istmo de Perokoff. Lo que hubo durante algunos meses fué la lucha entre Sebastopol, cuya defensa hábilmente dirigió el General Totleven, y el campamento de los aliados, á quienes mandaba el General francés Pelissier, que mucho se había distinguido en las campañas de Argel. Era de carácter iracundo y enérgico, y tenía condiciones militares notables y corazón generoso. En una ocasión, siendo Coronel de un regimiento de infantería en África, al reprender á un soldado por falta que había cometido, le insultó de manera que, el soldado perdió la cabeza y se echó el fusil á la cara para dispararle un tiro, que por fortuna no salió. Con arreglo á ordenanza, el soldado debía ser fusilado, pero Pelissier, que permaneció inmóvil, dijo muy tranquilo: «Cuatro días de arresto por tener el arma en mal estado.»

Durante la guerra de Crimea le dirigían frecuentes telegramas del Ministerio de la Guerra, de París, aconsejándole lo que debía hacer, como si él, que veía las cosas de cerca no lo supiera, hasta que un día contestó: «Si continúan ustedes fastidiándome inutilizaré el telégrafo.» Desde entonces le dejaron tranquilo, porque comprendieron que era capaz de llevarlo á efecto. Le traté bastante en Londres, cuando fué Embajador de Francia, siendo ya Mariscal y Duque de Malakoff, y yo segundo Secretario de la Legación de España. Estaba muy enamorado de mi prima Sofía Valera, arrogante moza, hermana del célebre escritor y Académico Juan Valera. Con ella se casó á poco tiempo, y con frecuencia antes de verificarse el matrimonio me pedía un diccionario francés-español que yo tenía para escribir á su futura en su propio idioma. Muy original era su carácter. En una ocasión, un caballero inglés que venía de pasar con el Emperador Napoleón III algunos días en Compiegne, envió á la Embajada de Francia un queso de Chester hecho en una de sus fincas, que á S. M. había prometido, y

rogó que, sin tardanza, lo remitieran á su destino. En vez de limitarse á encargar á uno de los secretarios que lo llevara aquella misma noche á París el correo de gabinete que diariamente conducía la correspondencia oficial de la Embajada al Ministerio de Negocios Extranjeros, Malakoff, que, sin duda, estaba de buen humor, dirigió al Emperador el siguiente telegrama:

«Un chester m'est remis pour vous être rendu.

Je vous expédie donc le fromage attendu.»

Lo recibió Napoleón en Compiegne cuando se hallaba comiendo, y lo leyó en alta voz. A todos los convidados hizo reir la extraña ocurrencia del Embajador. Pidió papel y lápiz el Emperador, y le contestó también por telégrafo:

«Vous êtes Maréchal, mon très cher-Pelissier.

Ne vous livrez donc pas à de vers d'épicier.»

Asistí una noche, en París, á una gran recepción de una señora de la aristocracia rusa, la Princesa de Lieven, en su magnífica casa de la calle de Saint Florentin, y allí vi

al famoso M. Guizot, que tan importante papel hizo en el reinado de Luís Felipe, y que era Presidente del Consejo de Ministros cuando fué destronado aquel monarca en la revolución de Febrero de 1848. Me llamó la atención, que teniendo el gran cordón de la Legión de Honor y casi todas las principales condecoraciones extranjeras, sólo llevaba el Toisón de Oro, que el gobierno español le había conferido. Luego me dijeron algunos franceses, que era la condecoración que más apreciaba y que llevaba con preferencia.

Tuve ocasión de conocer entonces, en la capital de Francia, á D. Juan de Francisco Martín, Ministro plenipotenciario de la República de Colombia, distinguido diplomático, que me obsequió con un banquete, al que asistieron su simpática hija Ana, tan justamente apreciada después por la sociedad de Madrid, que se había casado con el Marqués de San Carlos, primer Secretario de la Embajada de España, hoy Marqués de Montevirgen. También traté entonces á Doña Dolores Alfonso, hermosa señora cubana, cuya hija Celina, soltera á la sazón, es ahora Duquesa de Rivas. Al año siguien-

te, en mi viaje á Méjico, me detuve más de dos semanas en la Habana, donde visité á su madre, perteneciente, según me dijeron, á una de las principales familias de la gran Antilla. El Sr. Alfonso, poeta cubano, me regaló un tomo de sus poesías titulado *Cantos de un peregrino.*

Mi diversión mayor eran los teatros, porque en la mayor parte, los actores, muy buenos, representaban perfectamente. La compañía del Gymnase rivalizaba entonces con la del Teatro Francés, y en los dos era excelente la ejecución de dramas y comedias. Para la tragedia, exceptuando á la admirable Rachel, no han mostrado disposición en aquel tiempo ni después, los actores franceses; mas para la comedia y el drama superiores me han parecido, por regla general, á los de otros países. En las piezas cortas y del género cómico, rival no tenía el pequeño teatro del Palais Royal.

Supe que después del reciente cambio político en España, había venido á Francia, con su familia, D. Pedro Calderón de la Barca, y residía en el cercano pueblo de Neuilly. Fuí á visitarle, y largamente conver-

samos sobre los Estados Unidos, su situación política interior, á consecuencia de la cuestión de la esclavitud, y su propósito invocando la doctrina de Monroe, de que las naciones europeas no tengan colonias ni territorio alguno en el Nuevo Mundo, y de explotar en provecho propio á todos los países ibero-americanos. Según ellos, América debe ser para los americanos, y los americanos para los Estados Unidos.

Le referí, con este motivo, que durante mi estancia en Washington, un importante anglo-americano había dicho un día, en tono dogmático, que el pasado perteneció á la raza latina, representada por Italia, España y Francia; corresponde el presente á la raza anglo-sajona, representada por la Gran Bretaña y los Estados Unidos, y el porvenir, será de la raza eslava, representada por Rusia. Añadió, que con arreglo á este principio, las dos naciones donde se habla inglés deben, en la actualidad, ser superiores á todas las demás, y dominar directa ó indirectamente á la mayor parte del mundo conocido.

Por mi antigua afición á las bellas artes, con frecuencia pasé largas horas en los

numerosos museos de París. Parecióme el de pintura del Louvre, y lo es, sin duda, inferior al nuestro, no como museo histórico del arte pictórico, sino como colección de admirables obras maestras de las tres grandes escuelas de pintura, que en el mundo moderno han existido: la italiana, la española y la flamenca. Me gustó el Hemiciclo del Palacio de Bellas Artes, obra de Paul Delaroche. El museo de escultura vale más que el de Madrid, que es bien pobre, y una de las estatuas que más llamó mi atención fué la famosa Venus de Milo, aunque los dos brazos le faltan. Después de mis viajes por Italia y casi todos los países de Europa, he comprendido con cuánta razón me decía mi inolvidable y querido amigo Antonio Cánovas del Castillo que no se aprecia bien lo que es y vale la escultura hasta que se ha visto la magnífica y variada colección de estatuas, la mayor parte griegas y romanas, de las galerías del Vaticano en Roma. De iglesias góticas es, sin duda, la mejor en París Notre Dame, la Catedral, y de las greco-romanas Santa Genoveva, ahora Panteón Nacional, cuya esbelta cú-

pula recuerda la de San Pablo de Londres. Muy bella y elegante es la Magdalena, pero como ya he indicado, más semeja templo griego que iglesia católica. El palacio de las Tullerías, mansión de los monarcas franceses, bárbaramente quemado por habitantes de París en 1870, después de haber derrotado el ejército prusiano al francés en Sedán, quedando prisionero del vencedor el Emperador Napoleón III, ni en las fachadas, ni en la escalera y salones era comparable al de los Reyes de España, pero ofrecía grandioso aspecto la gran plaza que formaba con el del Louvre, en cuyo centro se levantaba el elegante arco del Carrousel. Me pareció magnífica, y nada he visto luego mejor en las principales capitales de Europa, excepto San Petersburgo, que no conozco, la vista que hay desde el obelisco africano de Luxor en el centro de la plaza de la Concordia, adornada con fuentes y grandes estatuas sentadas, que representan algunas importantes ciudades de Francia. A la espalda, el frondoso jardín de las Tullerías; á la izquierda, del otro lado del puente de la Concordia, el Palacio del Cuerpo Le-

gislativo, con pórtico de columnas y frontón con bajorelieve; á la derecha el monumental edificio del Ministerio de Marina, y otro igual en la misma línea, y entre los dos, al fin de la ancha calle Real, la bonita fachada principal de la Magdalena; enfrente la espaciosa y luenga avenida de los Campos Elíseos, en su parte alta terminada por el Arco de Triunfo de la Estrella, cuyos bajorelieves conmemoran las victoriosas campañas de Napoleón I. Los boulevares de la Magdalena, de las Capuchinas y de los Italianos, que en línea recta van desde la plaza de la Magdalena hasta el boulevart Montmartre, continuaban siendo, como nuestra Puerta del Sol y la calle de Alcalá, el paseo y punto de reunión de los desocupados, que se proponen hacer tiempo perdiéndolo.

Recordando nuestros feos cementerios, con los cadáveres en hileras de nichos, en paredes, me gustó el del Padre Lachaise, donde los difuntos se entierran, como parece natural y la palabra lo indica, en la tierra, sobre la cual se ponen lápidas y monumentos fúnebres, ó en sarcófagos especiales. El más agradable paseo, aunque algo distante,

era el Bois de Boulogne. Mucho lo mejoró el Emperador Napoleón III, disponiendo que en él hicieran especiales vías para los que cabalgan y extenso lago, como los de los parques de Londres.

Llegó al fin el momento de regresar á Madrid. Marché de París en Octubre y viajé en ferrocarril hasta Burdeos, y en el correo hasta Bayona y Madrid. Encontré de Ministro de Estado á D. Claudio Antón de Luzuriaga, y de Subsecretario á D. Juan Antoine y Zayas. Los compañeros todos me felicitaron por el regreso, y me anunciaron que la primera vacante de agregado con sueldo que ocurriera, sería para mí, pues con el ascenso inmediato se acostumbraba recompensar entonces á los empleados de la carrera que llevaban despachos á América. Me preguntaron si me había complacido mi reciente excursión, y con sinceridad les contesté que extraordinariamente. Siempre me ha gustado sobremanera viajar, y de lo poco que sé, he aprendido la mayor parte en mis viajes por el antiguo y nuevo continente, procurando estudiar, en lo posible, los países que he visitado.

VIAJE Á LAS ANTILLAS Y Á MÉJICO EN 1855
Y Á LOS ESTADOS UNIDOS EN 1856.

Una injusticia inexcusable me procuró el placer de ir por segunda vez á América, visitar las Antillas españolas y pasar un año en la capital de la República mejicana, donde la vida fué para mí sumamente agradable. Era costumbre en el Ministerio de Estado si había algún agregado diplomático sin sueldo que había ido al Continente americano, darle la primera vacante de agregado con sueldo, que ocurría después de su regreso, y así se había hecho, en 1852, con don Francisco Merry y Colom, hoy Conde de Benomar. No aconteció lo propio en 1854. Después de haber yo vuelto de los Estados Unidos, donde fuí, llevando pliegos al Ministro de España en Washington, hubo una vacante de agregado con sueldo en el Ministerio, que todos los compañeros creyeron

sería para mí. Pero el Ministro de Estado, D. Claudio Antón de Luzuriaga, cediendo probablemente á exigencias de hombres políticos de su partido, nombró para desempeñarla á un joven periodista andaluz de mucho ingenio que fué luego, y es ahora, muy amigo mío y ha ocupado puestos diplomáticos importantes.

Varias personas que trataban al Sr. Luzuriaga y á mí, le reconvinieron amistosamente por la injusticia conmigo cometida, y reconociéndolo, prometió repararla en breve plazo. Tenía, á la sazón, España cuestiones importantes con el Gobierno de Méjico. El Secretario de primera clase de nuestra Legación en aquel país, Sr. Romea, se vió precisado por motivos apremiantes de salud á venir á Europa, y el Ministro, Sr. Lozano y Armenta, pidió que otro Secretario le reemplazara durante su ausencia que, probablemente sería larga. Todos los agregados más antiguos que yo, rehusaron la proposición de ir á Méjico, aun con dos ascensos, y entonces el Ministro encargó al Subsecretario, Sr. Antoine y Zayas, que acababa de ser nombrado Ministro Plenipotenciario en

la República mejicana, donde ya lo había sido anteriormente, que me preguntara si quería acompañarle con la categoría de Secretario de segunda clase. Al hacerlo, me instó el Subsecretario para que contestara afirmativamente, manifestándome que haríamos juntos el viaje hasta la Habana en buque de guerra español, y que era agradable para un joven la residencia en la ciudad de Méjico. Le contesté que aceptaba con gusto la proposición, por mi afición á visitar países que no conocía, y por pensar que cuando se sigue una carrera, con ascenso se debe ir á cualquier parte. Al enterarse mis padres y mi abuela, que para mí fué siempre una segunda madre por lo mucho que me quiso, de que me complacía lograr dos ascensos y conocer parte importante de la América española, aprobaron mi contestación. Al despedirnos á los pocos días no podíamos imaginar, mi abuela, mi padre y yo que no volveríamos á vernos.

En la línea de Andalucía el ferrocarril solamente llegaba hasta Tembleque, y desde allí á Sevilla se iba en diligencia, siendo las mejores las del maragato Cordero, que tenían

berlina con tres asientos, interior con seis, rotonda con seis y la imperial con cuatro, separados por delgada tabla, de los equipajes colocados encima del coche. En el pescante, delante de la berlina, tenían asiento el mayoral y el zagal, que con agilidad suma bajaba con frecuencia al camino para arrear de firme á las seis ó siete mulas del tiro, guiadas por el postillón, montado en la de la izquierda de las dos primeras, y todas se mudaban cada dos leguas. Salían esas diligencias, en Madrid, de la calle del Correo, donde estaba el despacho central, en el gran edificio, que aún existe, mandado construir por Cordero en el dilatado solar donde estuvo en la calle Mayor el convento de San Felipe, cuyas gradas, llamadas el mentidero, con numerosas covachuelas debajo, tanto se mencionan en varias comedias de nuestro antiguo teatro.

Me acompañaron hasta Tembleque el 4 de Febrero mis íntimos amigos, el Marqués de la Torrecilla, Salvador Muro, hoy Marqués de Someruelos, el Marqués de Aranda y Fernando Fulgosio. Allí nos despedimos, y entré en la berlina de la diligen-

cia, donde también tenían asiento Ceballos, que iba de Secretario de segunda clase á la Legación de España en la República de Venezuela y un andaluz bastante gracioso. Mi jefe, el Sr. Antoine y Zayas, ocupaba uno de los asientos del interior, por no haberlo encontrado de berlina. Fué cansado y largo el viaje. Al pasar por el Carpio recordando el «Ay de ti si al Carpio vas» de un bonito romance antiguo, uno de los viajeros de la berlina compuso la siguiente quintilla:

Ay de ti si al Carpio vas
del maragato en los coches,
cuatro días tardarás,
cuatro días con sus noches,
y molido llegarás.

Aunque bastante fatigado al llegar á Sevilla el 8, aproveché el día que allí me detuve, para ver la catedral, el alcázar y la casa de Pilatos, y subir á lo alto de la Giralda, que ya conocía, porque algunos años antes, siendo estudiante de leyes, fuí á la hermosa ciudad del Guadalquivir, para asistir á las interesantes funciones y procesiones de Semana Santa, con el Marqués de la Torreci-

lla y D. Juan Armada, hoy Marqués viudo de Figueroa, siendo Capitán general Don Jenaro de Quesada, á quien conocíamos y que nos obsequió sobremanera.

El 9, un mal ómnibus nos llevó al señor Antoine y Zayas, á Ceballos y á mí, de Sevilla á Jerez, donde tomamos el ferrocarril hasta el Puerto de Santa María y desde allí fuimos en calesa á Cádiz, para embarcarnos en el pequeño vapor de guerra *León* que debía conducirnos á la Habana. Entonces no había línea de vapores entre España y las islas de Puerto Rico y Cuba, y cuando se reunían algunos empleados públicos, civiles y militares destinados á nuestras Antillas ó á determinadas repúblicas hispano-americanas, se les daba pasaje en buque de guerra, enviado á aquellas provincias ultramarinas. Algunos años antes, siendo Presidente de la República mejicana el General Santana, mandó construir en el extranjero para la defensa de las costas de aquel país en el golfo de Méjico dos pequeños vapores, con dos cañones giratorios cada uno, que se llamaron el *Guadalupe* y el *Moctezuma*. Cuando los Estados Unidos declararon la guerra á

Méjico, Santana, pensando, con razón, que la escuadra anglo-americana lograría apoderarse de esos dos vapores, procuró venderlos, y el General D. Leopoldo O'Donnell, que á la sazón mandaba en Cuba, aprovechó la ocasión y los compró para España por precio inferior á su valor, poniéndoles los nombres de *Castilla* y *León*. Eran los dos excelentes para el servicio de costas, pero carecían de las condiciones convenientes para atravesar fácilmente el Océano Atlántico, y no estaban preparados para conducir pasajeros, pues sólo tenían camarotes para la oficialidad. Preciso nos fué á los que debíamos ir á bordo del *León*, comprar colchones, almohadas, sábanas, mantas y colchas para tener camas. La mía permitió el Comandante que se pusiera en el salón que había delante de su camarote. Las disposiciones entonces vigentes marcaban la cantidad diaria que por su manutención debían satisfacer según su categoría, los diplomáticos que viajaban en buques de guerra, pero el señor Antoine y Zayas, el Brigadier Bañuelos, el Capitán de navío Grandallana y yo, que se había convenido que almorzáramos y comié-

ramos con el Comandante y el oficial que en graduación le seguía, dijimos al Comandante que renunciábamos á las ventajas que la ley nos concedía, que encargara al cocinero que comprara abundantes y escogidas provisiones, y al llegar á la Habana se haría la cuenta y los seis pagaríamos por partes iguales todo lo gastado. Así se verificó y durante la navegación las comidas y los vinos fueron excelentes. En los días que en tierra permanecimos, vi con detenimiento la ciudad de Cádiz, que sus habitantes llamaban la tacita de plata y que realmente me gustó mucho, pero no tanto como las gaditanas que, cuando el tiempo lo permitía, paseaban por las tardes con elegantes mantillas en la plaza de San Antonio.

La víspera de nuestra salida, hubo tremendo temporal y dos buques que el día anterior zarparon, tuvieron que volver al puerto con bastantes averías. En Madrid, debieron ignorarlo, pues se recibió orden terminante de que el *León* saliera sin tardanza; nos la comunicaron, nos embarcamos, y el 11 de Febrero, por la mañana, el vapor comenzó á navegar con rumbo á las

Islas Canarias. Desgraciadamente el temporal arreció y al segundo día hubo junta del Comandante y otros oficiales, para decidir si convendría arribar á la costa de África, porque las calderas se hallaban en mal estado, con varias grietas, y no producían la cantidad de vapor suficiente para luchar bien con la marejada y el furioso vendabal. Después de prolija discusión, se resolvió continuar el viaje; al siguiente día presentó mejor cariz el mar y pudimos llegar con tiempo regular á Santa Cruz de Tenerife, donde desembarcamos, por ser indispensables más de cuarenta y ocho horas para componer un poco las calderas al par que la máquina.

Por falta de tiempo tuve que renunciar á ir al hermoso valle de la Orotava y me limité á ver la ciudad y el inmediato y pintoresco pueblo de la Laguna, que con ella comunicaba por espacioso y bien trazado camino, hecho por orden del General Ortega, cuando tuvo el mando de las Islas Canarias. En la iglesia principal de Santa Cruz, en modesto escaparate á la derecha del altar mayor, se guardaba la única bandera cogida

al Almirante inglés Nelson en sus numerosas campañas. En 1797, se presentó con poderosa escuadra en aquel puerto y desembarcó al frente de aguerrida hueste para apoderarse de la ciudad; pero la guarnición y los habitantes con tal denuedo la defendieron, que obligaron á los ingleses, mandados por el propio Nelson, á retirarse y embarcarse precipitadamente, dejando su bandera en poder de los españoles. Lástima es que tan brillante trofeo no esté en el Museo de Marina ó en la Armería Real de Madrid, donde mucha gente de España y del extranjero podría verlo, mientras que en el lugar en que ahora se encuentra pocas personas lo contemplan y hay peligro de que lo roben. Tampoco tuve ocasión de subir al pico de Tenerife, elevada montaña cónica, no muy distante, cuya cúspide está siempre cubierta de nieve; ascensión que frecuentemente verifican los ingleses. Delicioso es el clima de Santa Cruz y de todas las Islas Canarias, poco visitadas entonces y donde ahora, especialmente en Las Palmas, capital de la Gran Canaria, pasan los meses de inviesno disfrutando de primaveral temperatura, nu-

merosas familias de la Gran Bretaña que por motivos de salud ó por gusto antes iban á Funchal en la isla de Madera.

Terminadas las indispensables obras en las calderas y la máquina del *León*, salimos de Santa Cruz con muy buen tiempo y el mar tranquilo como un lago. Al atardecer, disfrutamos de magnífico espectáculo: la isla se había perdido de vista; el grandioso pico parecía aislado, en medio, del mar y los rayos del sol poniente daban tinte algo sonrosado á la nieve de la cumbre. Recordaba al mirarlo, la parte más elevada de Sierra Nevada, que el propio color toma cuando al caer de la tarde se la ve desde la Torre de la Vela de Granada.

Toda la navegación por la parte del Atlántico, llamada Golfo de las Damas, hasta Puerto Rico, fué inmejorable y asaz divertida, por haber calma chicha, mar sin oleaje y temperatura sobremanera agradable, y ser de jovial carácter la mayor parte de los pasajeros. Por el día, con frecuencia, se leían sobre cubierta chistosas escenas de las mejores comedias de Bretón de los Herreros. Al almuerzo y á la comida mucho

nos entretenían, el Brigadier Bañuelos, refiriendo cómicos episodios de su vida particular y militar y Grandallana, nombrado Capitán del puerto de la Habana, donde anteriormente largo tiempo había residido y que nos refirió, como vulgarmente se dice, la vida y milagros de las principales personas de la capital de la Grande Antilla. Uno de los guardias-marinas, era el joven D. Patricio Aguirre de Tejada, hoy General de Brigada de Marina, con destino en el cuarto de S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

A San Juan de Puerto Rico llegamos á principio de Marzo y allí nos detuvimos dos días que pasé agradablemente con mi amigo D. Manuel Urréjola, oficial de Artillería con mando en aquella plaza. Por él y otros supimos que en la Habana se había descubierto una conspiración, dirigida por un individuo de la clase media, llamado Pintó, que tenía por objeto dar muerte al Capitán General y principales autoridades de la isla, y proclamar después su independencia. Para ayudar á los conspiradores, se suponía que había salido ya de los Estados Unidos un vapor con numerosos filibusteros armados,

que debían desembarcar en un punto de la costa de Cuba, poco distante de la capital. Cuando zarpamos de la de Puerto Rico, donde quedó Ceballos aguardando buque que le llevara á la Guaira, gran contentamiento llevaba la oficialidad del *León* con la esperanza de apresar al vapor filibustero. Se cargaron las dos colisas, se repartieron cartuchos á los soldados y se adoptaron las disposiciones convenientes, para hacer zafarrancho de combate y disparos en cuanto se diera la orden.

Antes de llegar á Puerto Rico, á corta distancia pasamos de las islas Turcas, y una de ellas, la Guanahaní, fué la tierra primera que en América descubrieron, el memorable día 12 de Octubre de 1492, Cristobal Colón y los españoles que en las tres carabelas le acompañaban. Recordábamos al pasar por allí que después de cuatro viajes á aquella parte del mundo antes desconocida, Colón, que convencido de la redondez del globo terráqueo, sólo buscó en su inmortal empresa nuevo derrotero para la India, falleció sin saber que había descubierto un nuevo continente. No se tuvo noticia de que Amé-

rica no era la India, hasta que el 25 de Septiembre de 1513 Vasco Núñez de Balboa descubrió el Océano Pacífico, del que tomó posesión el 29 del propio mes, según uno de sus biógrafos «armado de todas armas, llevando en una mano la espada y en la otra una bandera en que estaba pintada la imágen de la Virgen, con las armas de Castilla á los pies, y empezando á marchar por medio de las ondas que le llegaban á la rodilla, decía en altas voces: *Vivan los altos y poderosos Reyes de Castilla; yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones; y si algún otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos derecho, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos.*»

La víspera de arribar á la Habana el *León*, dió aviso por la mañana el oficial de guardia de que en lontananza se divisaba un vapor grande que sobre cubierta llevaba mucha gente armada, cuyos fusiles hacía brillar el sol. Cuando aquel buque se aproximó al nuestro se vió que era de los Estados Unidos, pues tenía entre el palo mayor y el mesana elevado balancín metálico que

formaba parte de la máquina y solamente usaban los vapores de aquel país. Todos creímos que era el barco que á Cuba conducía la expedición filibustera, lo que causó alegría á nuestros marinos. Confirmó esa idea el que á las señales del *León* no acertó á contestar bien el vapor anglo-americano. Entonces, y al propio tiempo que en el nuestro se hacía brevemente zafarrancho de combate, se le hizo señal de que parara, pero continuó marchando con velocidad hacia el *León* como si quisiera colocarse á corta distancia para utilizar la fusilería de su tripulación en daño de la de nuestro vapor. A fin de impedirlo ordenó el Comandante que se disparasen dos cañonazos como aviso de que se detuviera, y los dos proyectiles pasaron á pocos metros de la proa del buque, que en vista de este principio de agresión inmediatamente se detuvo. Echó un bote al agua en el que vino al *León* un marino anglo-americano que hablaba poco español y sólo supo decir que en el buque iba tropa destinada á un puerto de Cuba. No satisfecho con esta explicación, nuestro Comandante dispuso que dos oficia-

les fueran en uno de los botes del *León* á examinar los documentos del otro vapor y cerciorarse del punto donde llevaba á tan numerosa gente armada. De ellos nos despedimos pensando que no volveríamos á verlos, pues suponíamos que los aprisionarían para impedir el combate, y que si éste se verificaba, los matarían para vengarse. Llegar los vimos al buque anglo-americano con inquietud y ansiedad que aumentaron porque se prolongó bastante la visita. Por fin regresaron y refirieron, que el vapor, de nombre *Pelayo*, construído en los Estados Unidos por cuenta de una compañía española, se ocupaba en llevar pasajeros y mercancías de unos puertos á otros en la Isla de Cuba, y que por orden del Capitán General D. José de la Concha, transportaba en aquella ocasión un batallón de la guarnición de la Habana á Nuevitas. Nos tranquilizaron estas noticias, que disgustaron á la oficialidad del *León*, por desvanecer su esperanza, de coger y llevar á la capital de la isla al buque que todos habíamos creído que conducía la anunciada expedición filibustera.

Después de pasar entre los fuertes del Morro y la Cabaña, sorprende la anchura y extensión del magnífico puerto de la Habana. Debiendo permanecer en aquella ciudad más de dos semanas, porque hasta fin de mes no llegaba el vapor inglés de la línea «West India Mail,» salido el 2 de Southampton, que había de llevarme á Veracruz, tenía propósito de vivir con uno de mis dos antiguos amigos de Madrid, á la sazón empleados en la Secretaría política del gobierno general de Cuba, D. Manuel Aguirre de Tejada, hoy Conde de Tejada de Valdosera, que varias veces ha sido Ministro de la Corona, y D. Isidro Walls, después Conde de Armíldez de Toledo; pero en cuanto ancló el *León* vino á bordo un ayudante del General Concha á rogarnos de su parte, al Sr. Antoine y Zayas y á mí, que fuéramos á su palacio, donde nos tenía habitaciones preparadas. Porque no le pareciera desaire aceptamos la invitación, y en su coche, que al muelle nos había enviado, nos trasladamos á palacio, hermoso edificio en la plaza de Armas situado. Por el excesivo calor de la zona tórrida, las camas, aun las de

hierro dorado como la mía, tenían en vez de barras horizontales un lienzo muy estirado y encima colchón y almohadas de viento, y en la parte superior y en los cuatro costados, gasas. Recomendaban que al acostarse se levantara lo menos posible una de las gasas para evitar que entraran mosquitos, cuyas fuertes picaduras producían calentura. Sobremanera nos obsequió el General Concha. Por la noche, después que se marchaban otros convidados, con él nos quedábamos á conversar el Sr. Antoine y Zayas y yo, y venía siempre el Brigadier Echevarría, Gobernador de la Habana, hoy Teniente general, Marqués de Fuentefiel, y largamente se hablaba sobre la situación de la isla y la conspiración recientemente descubierta, cuyo principal jefe Pintó se hallaba preso y debía ser ejecutado á los pocos días.

Nos refirió el General Concha que la vez primera que desempeñó el cargo de Gobernador general y Capitán General de Cuba, era Pintó uno de sus buenos amigos, y de los que numerosas noticias le procuraba acerca de las verdaderas necesidades económicas y administrativas de aquella Antilla y

de los deseos y aspiraciones de los que estimaba cubanos sensatos. Pareció á Pintó que el sucesor de Concha en el mando de la isla propendía demasiado á la emancipación de los esclavos, que consideraba muy perjudicial, y conspiró con bastantes cubanos para proclamar la independencia de Cuba. Cuando por segunda vez llegó á la Habana D. José de la Concha como Capitán General, tan comprometido se hallaba Pintó con los conspiradores que no pudo abandonarles, pero con objeto de no despertar sospechas, visitó desde el primer día al General, y fué, como en la época precedente, su tertuliano diario. Consistía el plan de los conspiradores, en matar con una descarga de carabinas y revolvers, desde un palco de enfrente, en el teatro de Tacón, durante la representación, al Capitán General y principales autoridades que siempre ocupaban dos palcos contiguos; apagar el alumbrado de gas, al par que en el teatro, en las calles más concurridas para aumentar la confusión; constituir una Junta, con personas previamente designadas, que proclamara la república. En todas las ciudades importantes, se debía reducir á prisión

en la propia noche á las autoridades, matándolas si ofrecían resistencia, y juntas locales proclamarían la independencia. Para contribuir al buen éxito de la empresa, coincidiría con esos sucesos la llegada de un vapor procedente de los Estados Unidos, con filibusteros armados que desembarcarían cerca de la Habana y se pondrían á las órdenes de la Junta Central. Por delación tuvo el General Concha detallado conocimiento de la conspiración, que comunicó á las autoridades; y una noche de Marzo, terminada la habitual partida de tresillo, cuando después de despedirse afectuosamente del General salió Pintó de palacio y regresó á su casa, varios agentes se presentaron en ella para prenderle. Al enterarse de quiénes eran, y presumiendo el objeto de la extemporánea visita nocturna, antes de que les abrieran la puerta, reunió Pintó los papeles que contenían datos referentes á la conspiración, y precipitadamente los arrojó á un retrete; pero por aturdimiento sin duda, olvidó echar agua para que á la cañería cayeran; y poco tiempo después, los agentes de la autoridad, al registrar la casa,

fácilmente los sacaron de aquel lugar y á la Capitanía General los llevaron, mientras que otros conducían á Pintó á la cárcel. Además de otros datos interesantes, había en aquellos papeles lista completa de las personas que debían constituir las Juntas revolucionarias en la capital y en las provincias, y se pudo reducir á prisión á las que no pudieron ocultarse ó abandonar la isla. Terminada la causa criminal fueron sentenciados, á muerte Pintó, y á diferentes penas sus cómplices, y durante mi estancia en la Habana se cumplió la sentencia.

Mucho preocupaban á Concha estos acontecimientos y el descontento de parte del público, y pensaba, según nos manifestó varias veces, que acaso convendría, para mejorar la situación, que hubiera en Cuba Cámaras Legislativas, donde los cubanos tuvieran representantes directos que discutieran proyectos de ley relativos á la administración y á la hacienda de la isla, que deberían ser aprobados por el Gobernador general antes de su aplicación. En otras ocasiones, temiendo que en esas Cámaras insulares se intentara pedir ó proclamar la

independencia de Cuba, le parecía preferible que el Gobierno español, por propia iniciativa, reformara eficazmente la organización administrativa y el sistema económico de la Gran Antilla.

Los coches de alquiler más usados eran las volantas, especie de calesa con dos largas varas, tirada por un caballo, en el que iba montado un negro, con chaqueta y gorra muy vistosas, encarnadas, azules ó amarillas. Era costumbre que, en vez de decirle dónde debía ir, la persona que ocupaba la volanta le dirigía; daba un golpe con el bastón en la vara para que tomara la primera calle á la izquierda y dos para la de la derecha. No podíamos emplear este sistema los forasteros que por vez primera íbamos á la ciudad.

Asistí varias noches al magnífico teatro de Tacón, donde cantaba regular compañía de ópera. Los ligeros tabiques que separan los palcos de los corredores, eran de persiana para facilitar la circulación del aire, tan necesario en aquel clima. Las numerosas negras que de la concurrencia formaban parte, llevaban vestidos y adornos de muy

llamativos colores, que ponían más en relieve la irregularidad de sus facciones. Allí, en visitas y en los hermosos paseos de coches inmediatos á la Habana, tuve ocasión de ver muchas señoras y señoritas cubanas. Una de las que más llamaban la atención, era Doña Mercedes de Montalvo, que luego, como Marquesa de Mascuripes, en Madrid hemos conocido.

Un día el Sr. Zayas y yo hicimos con el General Concha expedición agradable. En vapor atravesamos la bahía desde la Habana para ir á Guanabacoa, pintoresco pueblo donde pasó revista el General á la tropa de la guarnición, y luego tomamos excelentes helados en jardín en que abundaban escogidas flores. Casi diariamente veía á mis amigos Aguirre de Tejada y Walls, que me acompañaban á visitar los diversos barrios de la ciudad.

A fin de Marzo llegó el vapor inglés de Southampton, en el que para Veracruz tomamos pasaje el Sr. Zayas y yo. Cosa rara en buques británicos, estaba sumamente sucio y tan mal estibado, que se inclinaba mucho á estribor y costaba trabajo

pasear sobre cubierta. A los tres días de navegación sopló con violencia viento norte, llamado allí chocolatero, que á casi todos los pasajeros causó mareo. El Capitán no se atrevía á seguir á Veracruz, que era, y no sé si es aún, rada abierta sin puerto seguro, y tampoco quería alejarse, pues estábamos cerca y podíamos llegar en pocas horas si el viento amainaba. Por tal motivo, permaneció el vapor sin adelantar, como una boya, rudamente movido por las olas y el huracán. Estuve tan mareado y me sentí tan malo, que durante un corto rato seriamente pensé en establecerme en Méjico. Sobremanera me dolía no volver á ver á mi familia, mi país y á mis amigos, pero no me sentía con fuerzas para soportar la repetición de tamaño padecimiento. De haberlo pensado, me reí pasado el mareo.

Terminada la tormenta, enderezamos el rumbo á la costa mejicana. Antes de verla pudimos contemplar dos elevadas montañas que parecían arrancar de la orilla del mar, el Pico de Orizaba, siempre cubierto de nieve, y el Cofre de Perote, así llamada porque su cumbre termina en línea horizon-

tal y semeja la tapa de una caja ó un cofre. Al anclar frente á Veracruz, teniendo cerca, y al sur la isla de Sacrificios, vino á bordo el Vicecónsul de España, D. Dionisio Velasco, acaudalado comerciante español, con larga residencia en aquella ciudad, y dijo al Sr. Antoine y Zayas que tenía encargo del Sr. Lozano y Armenta de participarle que el General Santana, Presidente de la República, había resuelto no recibirle como Ministro de España. Sorprendió la noticia á mi jefe, que sin embargo quiso llegar á Méjico para averiguar la causa de tan inesperada y extraña decisión. Añadió Velasco que siendo ya la estación del vómito negro, muy peligroso para los europeos, saldría á las pocas horas el tren con la diligencia, en la que nos había tomado dos asientos. Atravesamos buena parte de la población á pie, para ir á la estación del ferrocarril, y noté que había en las calles numerosas aves, algo más grandes que el pavo, con pluma negra, el cuello pelado y largo pico. Me dijeron que se llaman zopilotes, y que se imponían crecidas multas á los que los mataban, asustaban ó auyentaban, porque comían todas

las inmundicias que los habitantes arrojaban á las calles, y procuraban por este motivo bastante economía al Ayuntamiento. La diligencia era un coche como los que el año anterior había visto en los Estados Unidos para viajar en sitios donde no había ferrocarril. Tenía tres asientos en el testero, tres en la parte anterior, de espaldas al cochero, y tres en un banco central, con una correa horizontal para apoyar la espalda. En ese carruaje, nada cómodo por cierto, hicimos el viaje hasta la capital, el Sr. Antoine y Zayas y yo, con la célebre actriz española Matilde Díez, mujer de Julián Romea, que en Madrid había quedado, con el actor Catalina y otros comediantes que completaban la compañía, ajustada por un empresario para representar en Méjico las mejores comedias de nuestro teatro antiguo y del moderno. Me contó la Díez que traía un álbum con bonitas composiciones de escritores cuyas obras dramáticas había representado en el Teatro del Príncipe, antes Corral de la Pacheca, y ahora Teatro Español, desde que el Ministro de la Gobernación, Conde de San Luís, quiso darle organización semejante

á la del Teatro Francés de París. Era la más chistosa de las poesías la del popular Bretón de los Herreros, que lamentaba la ausencia de Madrid de la actriz eminente, y aludiendo á que, después de la guerra con los Estados Unidos, Méjico se vió en la precisión de cederles Tejas, California y otros territorios, concluía con estos versos:

¿Por qué de España te alejas?
¿Qué esperas de un edificio
que se ha quedado sin tejas?

Después de viajar todo el día, pasamos la noche en Jalapa, donde por su altura sobre el nivel del mar, no hay vómito negro. Nunca he comido mejores y más jugosas piñas que las que allí por menos de medio real vendían los chicos por las calles. Saborear un buen trozo de aquellas piñas equivalía á beber un vaso de refresco, siempre agradable en cálido clima. El pueblo era pequeño y espléndida la vegetación tropical que le rodeaba. Muy temprano salimos al siguiente día, y al anochecer llegamos á Perote, situado cerca del monte del propio nombre que desde el mar habíamos contem-

plado. El tercer día fuimos á parar á Puebla de los Ángeles, notable ciudad con anchas y rectas calles, sin cuestas, buen caserío, espaciosa catedral y otras notables iglesias. El 1.º de Abril por la tarde entramos en Méjico, capital de la República, tardando cerca de cuatro días en viaje que ahora se hace por ferrocarril en poco más de diez y seis horas.

Fuí con el Sr. Antoine y Zayas al hotel Iturbide, el mejor de la ciudad, en la calle de San Francisco situado, en el que vivía D. Dionisio López Roberts, agregado á la Legación de nuestro país. Por antiguos conocidos de mi jefe, que á verle vinieron, supimos que el General Santana se negaba á recibirle como Ministro de España, por ser opuesto Zayas á nueva revisión de los créditos de la antigua madre patria y de sus súbditos contra Méjico, después de haber sido examinados y aprobados por el Gobierno de la República. Me presenté el 2 de Abril á D. Ramón Lozano y Armenta, antiguo jefe de mi sección en el Ministerio de Estado, que me recibió afectuosamente. Le manifesté que el Sr. Zayas deseaba celebrar

conferencia con él estando yo presente. Me contestó que podíamos reunirnos el día siguiente en la casa de la Legación. En esa entrevista le dijo el Sr. Zayas que, estando destituído del cargo de Ministro de España, procedía que me entregara la Legación y me presentara como Encargado de Negocios, al Sr. Díaz de Bonilla, Ministro de Relaciones Exteriores. Declaró el Sr. Lozano que había decidido permanecer al frente de la Legación, hasta que el Gobierno de Madrid, enterado de que el de Méjico no recibía al Sr. Zayas como Ministro de España, adoptara resolución definitiva. A los pocos días marchó el Sr. Lozano con su señora al campo, á larga distancia de Méjico, enterándome de que tardaría bastante en regresar.

Por no ser cómoda la vida en hotel, decidimos Roberts y yo, tomar casa, y pronto encontramos un buen piso principal en la calle de Plateros, una de las mejores, que por el gusto de hospedar á diplomáticos en su finca, nos cedió en razonables condiciones, Zopfy, el zapatero suizo de moda, que debajo tenía su tienda. Tomamos

un criado indio, Pepe Flórez, que por honrado y saber servir, nos habían recomendado. Al volver á casa una noche después del teatro, extrañé que no estuviera según acostumbraba, y preguntándole á la mañana siguiente la causa de su ausencia, me contestó, cruzando las manos y muy risueño, como quien cuenta una gracia: «Pues, señor, no pude venir anoche porque estuve borrachito.» Gracia me hizo la explicación y le recomendé que en otra ocasión procurara estarlo á hora en que no le necesitáramos.

Me visitó una mañana el Ministro de Francia para decirme que había llegado á su noticia y á la del Ministro de Inglaterra, que el Gobierno mejicano pensaba disponer de la parte de la renta de aduanas asignada al pago de los intereses de la deuda francesa, inglesa y española; los dos iban aquella tarde á preguntar al Ministro de Relaciones Exteriores si era cierto ese propósito y me lo participaba por si estimaba conveniente acompañarles. Le contesté que sí, agradeciendo su atención. Vimos los tres poco después al Sr. Díaz de Bonilla, á quien sorprendió nuestra visita, y enterado de su

objeto, manifestó que, efectivamente, por los muchos gastos que tenía el Gobierno para combatir la insurrección de Álvarez en Tierra Caliente, se había pensado en disponer, sólo temporalmente, de toda la renta de aduanas, pero que en atención á lo manifestado por los Ministros de Francia y de Inglaterra, se respetaría la parte de ese ingreso destinada al pago de los intereses de las deudas de sus respectivos países y se dispondría de la asignada á la deuda española por haberse pedido la revisión de los créditos que la constituían. En el acto protesté enérgicamente contra esa declaración, alegando que mientras el Gobierno de España no asintiera á la revisión solicitada, tenía obligación el de Méjico de seguir reconociendo como legítimos esos créditos que anteriormente había examinado y aprobado, y también de pagar los intereses con la parte de la renta de aduanas á este objeto destinada, según compromiso contraído en documento diplomático. Añadí que de esta conferencia daría cuenta á mi Gobierno por el próximo correo, y no antes, por no haber telégrafo entre los dos continentes. Contestó

el Ministro Díaz de Bonilla que se reflexionaría sobre mis declaraciones antes de adoptar resolución definitiva acerca de este asunto. Al salir del Ministerio, los Ministros de Francia y de Inglaterra, aprobaron mucho mi resuelta actitud en aquella entrevista que al fin impidió que se estableciera esa injustificada diferencia entre la deuda española y la de los otros países.

Pocas semanas después el Gobierno de Méjico participó al Sr. Antoine y Zayas, que sería recibido como Ministro de España. En el día designado le acompañé al Palacio Nacional, y con él entré en el salón donde se hallaba de uniforme el General Santana, teniendo á la derecha á su bonita esposa Doña Dolores Tosta. Mi jefe le entregó la carta credencial que le acreditaba como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de S. M. la Reina de España y luego la comunicación oficial en que constaba la concesión á su mujer de la banda de Damas Nobles de María Luísa.

Regularizada ya su situación diplomática tomó el Sr. Zayas buena casa en la calle del Esclavo cerca de la de San Francisco, á

la que fuimos á vivir el agregado López Roberts y yo. Aficionado á vivir bien, tomó excelente cocinero, y pronto se dijo, con razón, que las comidas en la Legación de España, eran suculentas al par que escogidas.

El clima de la ciudad de Méjico y del extenso y pintoresco valle en que se halla situada, á grande altura sobre el nivel del mar, es primavera continuada. Con verdad decía el Conde de la Cortina que allí no hay más que dos estaciones, el sol y la sombra, porque en todos los meses del año se siente algo el calor al sol y fresco agradable á la sombra. Un año permanecí en la capital del antiguo imperio azteca, y, en ese tiempo, nunca usé gabán de invierno ni traje de verano. Con frecuencia en Febrero después de haber comido en alguna de las casas de campo de Tacubaya, pequeño pueblo distante 2 ó 3 km., donde muchas de las principales familias de Méjico tienen bonitas quintas, volvía yo con otros amigos á la ciudad á caballo al paso, fumando, con espléndida luna, como se puede hacer en España en Julio y Agosto. Los caballos allí son más

bien pequeños, pero de buena estampa como los andaluces, y tan baratos, que por 25 ó 30 duros se compraba uno bueno, y su manutención era barata. Así todo el mundo tenía caballo, y se decía que hasta los pobres pedían limosna cabalgando. Mucha gente del país viajaba á caballo, y como en gran número de pueblos no había herradores, la mayor parte de los caballos no llevaban herraduras y no las necesitaban, porque acostumbrados á recorrer sin ellas largas distancias desde que eran potros, se les endurecían los cascos extraordinariamente. Cómodas eran las sillas de montar: tenían delante una parte algo levantada, llamada cabeza de silla, terminada con placa circular, en la que se podían apoyar las manos, sirviendo al propio tiempo para colocar las riendas al apearse. Bien descansaban los pies en los estribos vaqueros, cubiertos por delante para preservar de la lluvia. Se usaban como adorno, enormes espuelas de metal bien labrado, algunas de plata, que era preciso quitarse al desmontar, pues no se podía andar con ellas. Las mejores y más elegantes eran las fabricadas en Amozoque; por

las mías pagé 16 duros. El traje para cabalgar se componía de pantalón sin trabillas, llamado calzoneras, con hileras de chatos botones redondos de nacar, postizos, en la costura exterior desde la cintura al pie; chaqueta hasta las caderas, y sombrero llamado jarano, de copa baja y anchas alas, que protegían del sol y del agua, negro ó color de ceniza, y en vez de cinta en torno de la copa, culebra plateada mordiéndose la cola. Cuando llovía se usaba el sarape, manta ligera cuadrilonga de colores, con abertura en el centro para pasar la cabeza, y cuyos extremos cubrían bien las piernas. Algunos por exceso de precaución contra el agua, se ponían sobre el pantalón chaparreras, calzones de piel que llegaban hasta la parte superior del muslo, sujetos con correas á la cintura.

De las lluvias tropicales no se tiene idea en los climas templados. En Méjico, en los meses de verano, á las tres de la tarde en punto, empezaba á llover á torrentes, con tal fuerza, que en las dos horas que el aguacero duraba, la ciudad, que está en plano horizontal, quedaba completamente inunda-

da, habiendo cerca de media vara de agua en las calles. Es tal la fuerza de absorción de la atmósfera en aquella altura, que poco después de una hora de terminada la lluvia, se podía circular por las calles y salía la gente en coche y á caballo. Mientras el aguacero duraba todo el mundo permanecía en las casas, pero los individuos que tenían absoluta precisión de salir, se veían precisados á que indios con el pantalón remangado les llevasen sobre la espalda al lugar donde necesitaban ir. A las veces, personas que estaban con los balcones abiertos acechando la ocasión, con disimulo enseñaban un duro ó dos al indio que, generalmente ganoso de cobrarlo á poca costa, simulaba que se escurría ó tropezaba, caía en el agua y daba inesperado baño á su humana carga, con risa y contentamiento de los espectadores. Se levantaba pidiendo perdón por su torpeza, volvía á echarse á cuestas al remojado individuo, le conducía donde pudiera cambiar de ropa, y luego cobraba el dinero prometido por divertir al público. En tiempo del Gobierno español se construyó el canal de Huehuetoca por el que las aguas de lluvia

iban á parar á un lago muy distante, evitando la inundación de la capital. Después de la independencia, las guerras civiles y frecuentes luchas interiores fueron causa de que no se cuidara de tener limpio el canal y con profundidad suficiente para su objeto; llegó á obstruirse y volvieron las inundaciones.

Es Méjico hermosa ciudad con calles anchas, rectas y cortándose en ángulo recto. Las casas para impedir su hundimiento por los terremotos, sólo tienen cuarto principal y azoteas en vez de tejados. En la espaciosa plaza donde está la Catedral, monumento grandioso de escaso mérito artístico, ocupa un frente el antiguo Palacio de los Virreyes, en el que en 1855 vivía el Presidente de la República y se hallaban todos los Ministerios y los dos Cuerpos Colegisladores: en otro frente estaba el Ayuntamiento ó cabildo municipal. Delante de la Catedral había ancha acera, con postes de piedra unidos por cadenas para impedir que por allí pasaran coches. Llamábase el paseo de Cadenas, muy concurrido á las primeras horas de la noche. De esa plaza, frente al Palacio Na-

cional, arrancaba la calle más frecuentada de la ciudad, con nombre de Plateros en la primera parte y de San Francisco en su continuación, que conducía á la Alameda, situada á la derecha, paseo con frondosos árboles en cuyas puertas de hierro se veían las iniciales M. B. del Virrey Marqués de Branciforte, que las mandó construir, y encima corona de marqués. Al final de esa calle, y en medio de circular plaza, se contemplaba la magnífica estatua ecuestre de Carlos IV, en traje romano, imitando á las antiguas que se conservan en varias ciudades de Italia. Es obra del valenciano Tolsa, que también construyó á principio del presente siglo el hermoso edificio Escuela de Minería, el mejor de la ciudad, donde estudiaban los que se dedicaban á la explotación de las numerosas y ricas minas de azogue y metales preciosos que había en el vasto territorio de Nueva España. A la izquierda de la plaza circular estaba el paseo de Bucareli, nombre del Virrey en cuyo tiempo se hizo. A él concurrían por la tarde señoras en sus coches que, después de dar una vuelta, se colocaban en fila en uno de los lados del paseo, y los nu-

merosos jinetes se acercaban á saludar y conversar con sus amigas.

En apartado barrio, la plaza del mercado comunicaba por largo canal con las chinampas, pequeñas islas de un extenso lago, y en cada una de ellas habitaba en modesta vivienda una familia india. Todas las mañanas iban de las chinampas al mercado muchas canoas, hechas la mayor parte de troncos de árboles, y llevaban en la proa una india sentada con una criatura en los brazos, en el centro abundantes legumbres, y en la popa un indio de pié que ponía el bote en movimiento con un solo remo, cuyos dos extremos tocaban en el agua con fuerza á izquierda y á derecha alternativamente. En la plaza las vendedoras de comestibles eran indias, y su traje consistía en camisa escotada y de manga corta y una falda de percal.

En un lado de la torre de la izquierda de la Catedral, empotrada en el muro, se hallaba enorme piedra con el curioso calendario azteca en relieve, cuya reproducción en yeso envió el Gobierno mejicano á Madrid para la exposición hispano-americana que hubo en 1892, con objeto de celebrar el cuarto

centenario del descubrimiento de América. No existen canteras sino á gran distancia de la capital; en el imperio azteca no había caballos ni mulas antes de llegar los españoles, y debió costar rudo trabajo y largo tiempo traer una piedra de esas dimensiones á la ciudad.

El extenso valle de Méjico, donde se hallan bastantes pueblos, está rodeado de pintorescas colinas, y al oriente se levantan los dos antiguos volcanes, el Popocatepetel y el Ixtaticual, cuyas cumbres siempre están cubiertas de nieve. La de uno de ellos semeja un tanto colosal persona, acostada sobre la espalda y cubierta con blanco sudario, y hay entre los indios la tradición de que allí yace el cadáver de la Malinche, nombre que han dado constantemente á Doña Marina, la india ingeniosa y agraciada que á poco de haber desembarcado Hernán Cortés le conoció y trató, y desde entonces le acompañó y fué su intérprete con los indígenas.

Sabido es que la capital azteca ocupaba el centro de una laguna, la mayor parte de sus calles eran canales, y se comunicaba con el valle por dos calzadas, al norte la una y

á occidente la otra. Recordando esa situación y las frecuentes y sangrientas luchas que sostuvieron los españoles hasta realizar la conquista del imperio, dice el Duque de Rivas en una de sus preciosas leyendas, al hablar de uno de los intrépidos compañeros de Cortés:

Y combatió á los rudos totanaques,
y arrostró las traiciones de Cholula,
y regó con su sangre las calzadas,
y lidió con denuedo en la laguna.

En uno de esos rudos combates con numerosa hueste enemiga, hubieron de salir los españoles de la ciudad. Tenazmente perseguido llegó Alvarado á un canal, y con asombro de los enemigos, apoyado en su lanza, saltó á la opuesta orilla. En recuerdo de aquel suceso, la calle que ahora hay en el lugar donde ocurrió, llámase del Salto de Alvarado. En la noche de aquel funesto día, en el camino de Méjico á Tacuba, al pié de corpulento árbol, pasó Hernán Cortés revista á su hueste, y al ver el daño que había padecido derramó amargas lágrimas. Todavía se conservaba en 1855 el *árbol de la noche triste*, pero es posible que ya no sub-

sista, pues la mayor parte de los viajeros extranjeros cortaban y se llevaban un pedazo de la corteza.

A corta distancia de la capital, en un lugar llamado Chapultepec y sobre elevada roca, hay un buen edificio con hermosas vistas al valle, que era casa de campo de los Virreyes, donde en 1855 estaba la Escuela Militar. Al pié de la roca se conservaban del tiempo de la conquista enormes árboles llamados ahuehuetes, cuyo tronco no podían abrazar seis personas con los brazos muy extendidos.

Por efecto de las discordias civiles no había en 1855 reuniones en la buena sociedad de Méjico; pero los teatros estaban muy concurridos, especialmente el en que representaba la compañía española dirigida por Matilde Díez y Catalina, que alcanzaron gran éxito, siendo muy aplaudidos. Allí se veían siempre bonitas señoras, llamando la atención por su belleza Doña Dolores Osío. Traté bastante á la familia Arellano, cuyas hijas Ignacia y Matilde eran muy simpáticas, y Matilde además muy agraciada. La casa á la sazón más agradable era la de D. Eusta-

quio Barrón, casado con una señora de Galicia, de singular penetración. De la hija mayor, Catalina, estaba perdidamente enamorado el Ministro Plenipotenciario de una gran nación europea, hasta el punto de ofrecer hacerse católico y dejar la carrera diplomática para establecerse en Méjico, si ella lo exigía ó lo deseaba; pero nada consiguió porque aquella señorita estaba en relaciones y luego se maridó con el joven Escandón, de una de las principales familias mejicanas. Gran fortuna tenía el Sr. Barrón por ser propietario de las minas de Nuevo Almadén, cuyo azogue era el único que competir podía con el de Almadén de España en los mercados del antiguo y del nuevo continente. Mucho dinero le costó conservarlas, porque el Gobierno de los Estados Unidos, con tenacidad y empeño, pero sin motivo suficiente y de muy mala fe, según se dijo, sostuvo durante algún tiempo que le pertenecían, hasta que los tribunales, tras largo litigio, dieron la razón al Sr. Barrón. Frecuentaba yo su casa y á él y á toda la familia debí especiales atenciones.

Numerosa era en la capital la colonia es-

pañola, en la que preponderaban gallegos y asturianos, y casi todos por su honradez y laboriosidad lograban hacer fortuna, pues á poco de llegar encontraban colocación en tiendas, tahonas y fábricas; vivían con gran economía, ahorraban la mayor parte de su salario ó de su sueldo, que invertían ventajosamente, y al cabo de algunos años podían disponer de buen capital. Con frecuencia los hijos que los heredaban, en vez de acrecentarlo, alegremente lo gastaban en teatros y diversiones con los jóvenes de la clase media del país, y sus hijos solían quedar en apurada situación. Por tal motivo había, como frase corriente aplicable á bastantes familias, que el padre era tendero, el hijo caballero y el nieto pordiosero.

A fin de mes se recibían la correspondencia y periódicos de Europa, traídos por el vapor inglés que el 2 salía de Southampton, y algunas veces venían también cartas á mediados del mes por conducto de los Estados Unidos, que un vapor anglo-americano conducía de Nueva Orleans á Veracruz. Como de este último punto hasta la capital la diligencia tardaba tres días y medio, la

Legación británica tenía á su servicio, y muy bien retribuído, á un español, Beraza, que á caballo, cambiándolo con frecuencia, sin otro descanso que el necesario para almorzar y comer, hacía en treinta y seis horas el viaje de Veracruz á Méjico, con la correspondencia para las Legaciones de Inglaterra, España y Francia. Tenía tal fibra, que casi siempre, á poco de llegar, paseaba largo tiempo á caballo por la alameda de Buccareli.

Uno de los españoles más conocidos era Fulgencio Mora, aunque él siempre escribía Flugencio como nombre. Había hecho parte de la primera guerra civil en España, siendo soldado del regimiento de infantería de Luchana, muy protegido por el General Espartero. Después del Convenio de Vergara se trasladó á Méjico y entró á trabajar en una tahona, cuya propiedad logró adquirir por su laboriosidad y habilidad para hacer pan de varias clases, superior al de los otros establecimientos análogos. Llegó a reunir capital considerable, y adquirió casas en la ciudad y fincas rústicas. En diferentes ocasiones había tenido ocultos en ellas á perso-

najes políticos de casi todos los partidos, cuando los perseguían sus adversarios, y por este motivo siempre le consideraban y atendían á sus recomendaciones las autoridades de la capital. Era muy español y estaba en buenas relaciones con la Legación de su país. En extensa hacienda suya, algo más distante que el pueblo de Tacuba, ví á gente del campo lucirse lazando caballos y coleando bueyes y becerros. Tenían los lazadores largas cuerdas, no muy gruesas, con lazo corredizo en un extremo. En grupo de veinte caballos sin domar designamos los convidados cinco que habían de lazarse. Pusiéronse tres lazadores á un lado de un camino para coches y otros tres enfrente. Pasaron entre los seis los veinte caballos á galope; con habilidad lanzaron los hombres los extremos de las cuerdas, y quedaron lazados por el cuello los caballos indicados. Varias veces se repitió el ejercicio y en todas lazaron los campesinos á los animales que antes les señalábamos. Para colear montaban á caballo y cuando los bueyes y becerros pasaban corriendo, los seguían los jinetes y, al alcanzarlos, les cogían las colas con la mano

derecha, las ponían debajo de la pierna derecha y, hacia delante tirando con fuerza, hacían perder el equilibrio á las reses, que caían al suelo inmediatamente. Otros convidados y yo intentamos también colear, y sin conseguir derribar á los bueyes y becerros, con las colas nos lastimamos bastante las manos. Como prueba de la agilidad de los indígenas á caballo, me contaron que los apaches, indios salvajes del norte, cuando la tropa los ataca para impedir que invadan y saqueen los pueblos cercanos, pasan corriendo delante de los soldados y, metiendo un pie en una argolla de la silla, los disparan tiros y flechas por debajo del vientre del caballo.

En la época en que estuve en Méjico había en el territorio de la República cerca de 5 millones de indios de pura raza, mientras que ni uno se ve en los Estados Unidos, porque considerándoles, con exageración, muy inferiores á la raza blanca, no les permiten residir en los Estados de la Confederación; los van arrojando hacia occidente y exterminándolos cruelmente. Bajo el punto de vista religioso y humanitario, es preferi-

ble y más laudable la conducta de los españoles y mejicanos que la de los angloamericanos.

No muy lejana aún la guerra de la independencia renacía á veces la malquerencia de los mejicanos respecto de los españoles. Aconteció esto, según me contaron, en 1828, como en otras ocasiones, y se consideraba entonces muestra de patriotismo hablar muy mal de ellos públicamente y en todas partes. Llamó la atención que un mejicano conocido y de buena posición, apartándose de la general costumbre, nada decía, y un grupo de los más exaltados le reconvino duramente y le preguntó la causa de tan sospechoso silencio. «Yo, contestó el interrogado, me dedico á hacerles la guerra sorda. —¿Y en qué consiste?, le dijeron. —En pedirles dinero prestado y no devolvérselo.» Parece que la respuesta tranquilizó á sus compatriotas. Otro día detuvieron unos mejicanos á un español que en la Alameda paseaba, y con palabras agresivas le preguntaron para qué había venido á la República y en qué se ocupaba. «Soy blanqueador, les dijo.—Y ¿qué es eso?, añadieron.—Que si

no fuera por mí y otros como yo serían ustedes todos de color de chocolate.» No pudieron menos de reirse los interpelantes al oir la explicación.

Algunos meses hacía que en Tierra Caliente contra Santana y su Gobierno se había sublevado, al frente de numerosos indios, Alvarez, que tampoco era de raza completamente blanca. Poco progresaba la insurrección, pero ofrecía dificultades combatirla, porque el territorio ocupado por los rebeldes era muy accidentado y el clima de aquella región nocivo para tropas de tierra templada. En la capital, donde no faltaban descontentos, no se temía que el orden se alterase. Tenía el Presidente un regimiento de infantería con los jefes y algunos oficiales españoles que había hecho venir de la isla de Cuba por inspirarle completa confianza, y sabía que haciendo servicio esa tropa en palacio ningún atentado se cometería contra su persona. Uno de sus mejores amigos era un señor de familia principal mejicana á quien sus enemigos acusaban, creo que sin razón, de aprovechar la intimidad con el Presidente para hacer pingües

negocios á costa del público tesoro. Acostumbraba á ir con frecuencia á la Profesa, la iglesia más concurrida, y rezaba de rodillas delante de un Cristo en el Calvario. Un maldiciente ingenioso le compuso este epigrama, en el que omitimos el nombre de la persona por si el ponerlo pudiera molestar á la familia:

Cuando... (aquí el nombre)
en la Profesa de hinojos
de Dios implora el perdón,
¿á quién levanta los ojos,
á Cristo ó al buen ladrón?

Convidado por el Conde de la Cortina, con quien vivió, vino de París á Méjico el inspirado y célebre poeta Zorrilla, á quien recibieron en triunfo. El día de su llegada en todos los teatros se representaron dramas suyos y los periódicos publicaron largas noticias biográficas con grandes y merecidos elogios de sus preciosas poesías. Muchas personas notables le visitaron, y la gente mostró vivo deseo de que publicara alguna nueva composición. Así lo hizo y por entregas vió la luz larga serie de versos que empezaba con los siguientes:

Del jardín de las flores
americanas,
dicen que sois las rosas
las mejicanas,
y pues sois tales
yo soy la mariposa
de esos rosales.

No había yo tratado á Zorrilla, pero admiraba sobremanera sus poéticas leyendas, especialmente *A buen juez mejor testigo* y los *Cantos del Trovador*. Había tenido el gusto de asistir en Madrid á la solemne función del Liceo, en el palacio de Villahermosa, en que recitó perfectamente, con repetidos aplausos de los concurrentes, la hermosa introducción de su poema *Granada*. Aproveché la ocasión de conocerle en casa de Cortina, y á las veces cuando los tres nos reuníamos, le pedía y lograba que leyera ó dijera sus antiguas poesías que más me gustaban. Muchas de ellas vivirán tanto como la lengua española en que están escritas. Muy agradable me fué, andando el tiempo, ser compañero suyo en la Academia Española, que accediendo á su ruego, le permitió que escribiera en verso su discurso de recepción. Había entonces en Méjico dos

poetas, Prieto y Paino, de quien leí bonitas poesías.

Con general sorpresa circuló un día en Méjico la noticia de que Santana había resuelto renunciar á la Presidencia y marchar al extranjero. Efectivamente, á poco salió de la capital con el regimiento que daba guardia en Palacio, y tanto le temían, que hasta saber con certeza que se había embarcado en Veracruz para las Antillas, no se pronunció Méjico á favor de los insurrectos de Tierra Caliente. Entonces su jefe Álvarez se trasladó á Cuernavaca, pero por más que le pidieron, alegando con razón motivos políticos, que viniera á la capital que tan cerca estaba, se negó obstinadamente á verificar ese corto viaje, temiendo contraer grave enfermedad con la fría temperatura que suponía que allí se disfrutaba. Cuando todo el país le reconoció como Jefe del Gobierno, acordaron los Ministros extranjeros ir á saludarle y cumplimentarle á Cuernavaca. Llevaron á esa expedición oficial á los Secretarios, que fuimos á caballo. En lo alto de una de las colinas que por el sur separan el valle de Méjico de la Tierra Ca-

liente, por donde pasa el camino que á Cuernavaca conduce, hay una gran piedra redonda con cruz en la parte superior, llamada Cruz del Marqués, porque en el siglo XVI allí empezaban las grandes propiedades del Marqués del Valle de Oajaca, título concedido por el Emperador Carlos V á Hernán Cortés, después de la admirable conquista del Imperio Azteca. De todas aquellas fincas sólo pertenece en la actualidad al Duque de Terranova, napolitano, heredero de los bienes del célebre Marqués extremeño, la hacienda de Atlacomulco, que vi al día siguiente de mi llegada á Cuernavaca, cuya renta consiste en los productos de naranjos, limoneros y un cafetal.

Mi jefe el Sr. Antoine y Zayas y yo, fuimos á vivir á casa del Vicecónsul de España, rico hacendado mejicano, que nos advirtió que al acostarnos mírasemos con cuidado la cama, y al vestirnos, la ropa y el interior del calzado, para ver si había alacranes que abundan extraordinariamente en aquel valle, y cuyas pinchaduras con la cola son venenosas. Es el alacrán el único animal que se suicida, y los indios se divertían en colocar

á los que cogían en el centro de un pequeño círculo de ceniza. Lo recorrían despacio, y cuando se convencían de la imposibilidad de salir de él, con la punta de la propia cola se pinchaban en la cabeza y caían muertos. Abundan los animales venenosos en el valle de Cuernavaca y en toda la Tierra Caliente. El único cuya mordedura es incurable y produce la muerte, es una pequeña culebra de una tercia de longitud, de color rojo claro, que llaman coralillo. Los efectos de las mordeduras de los otros bichos venenosos, se neutralizan bebiendo guaco, y de ese líquido, cuyo descubrimiento fué original, hay siempre una botella por lo menos en todas las casas y cabañas de aquella zona. Un brasileño condenado á muerte, logró escapar de la cárcel de Río Janeiro, y se refugió en espeso bosque de las inmediaciones. Observó un día que un pájaro grande, semejante á un ave de rapiña, luchaba con culebra venenosa, y cuando ésta le hería mordiéndole, volaba á un árbol inmediato, comía unas cuantas hojas y tornaba á la pelea. Se repitió esta escena á cada nueva herida. Tuvo el brasileño después de coger hojas de ese

árbol, el valor de dejarse morder varias veces por serpientes venenosas, y comiéndolas en cuanto se hallaba herido, no experimentó grave daño. Regresó entonces á Río Janeiro, se presentó á la autoridad, y dijo que si le indultaban comunicaría importante descubrimiento que había hecho para impedir la muerte de las personas mordidas por animales venenosos. Con el ofrecimiento de perdón si probaba lo que anunciaba, delante de la autoridad y de varios médicos, recibió algunas mordeduras de culebra venenosa, que no causaron su fallecimiento por comer después de cada una de ellas las hojas que en abundancia del bosque había traído. Reconocida su eficacia, se hizo con las hojas del árbol, allí nombrado guaco, una infusión, y el líquido que resultó, que se llamó también guaco, producía el propio efecto que las hojas.

Recibió Alvarez, en la casa particular donde vivía, á los Ministros extranjeros, á quienes acompañábamos los Secretarios. Era entrado en años, y de color, entre el de los indios y el de los mulatos. Les manifestó que era Presidente interino de la República

hasta que hubiera uno elegido con arreglo á las leyes vigentes, y que no pensando ir á Méjico, cuyo clima estimaba perjudicial para su salud, había nombrado Presidente sustituto á Comonfor, que con sus Ministros allí residía.

En las varias haciendas que visité, los mayordomos que por cuenta del propietario dirigían la explotación, eran españoles, por la justa reputación que tenían de activos, enérgicos y honrados. No distante del pueblo, se halla la hermosa cascada de San Antón, de mayor altura y mucho menor extensión que la del Niágara. Tampoco está lejos la celebrada Gruta de piedra de Cacahuamilca, de cuyo elevado techo penden largas y lucientes estalactitas, llenando el suelo innumerables estalacmitas. Se había llegado á más de 2 kilómetros desde la entrada sin encontrar el fin. Era la más profunda y variada de todas las conocidas.

Al regresar á Méjico, en vez de seguir por la carretera, fuí á caballo con un compañero á ver las Chinampas. Pintoresco aspecto presentan esas pequeñas islas, habitadas y cultivadas, en extensa laguna. Allí

dejamos los caballos, encargando á un indio que á casa los llevara, y fuimos por el canal hasta la plaza del mercado, en las estrechas canoas hechas de tronco de árbol.

En la capital se encontraba ya instalado Comonfor como Jefe sustituto de la República, con los Ministros que formaban parte del Gobierno. Entonces conocí al Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, D. Benito Juárez, de raza india. Por el alto cargo que desempeñaba debía encargarse, con arreglo á la Constitución, de la Presidencia de la República por fallecimiento ó ausencia del Presidente efectivo. Por ese motivo figuró como Jefe del Gobierno al frente de los que, años después, se lanzaron al campo contra el Emperador Maximiliano. También se encontraba entonces en la capital el General Almonte, que representó á su país en Washington. Hijo de padre, según públicamente se contaba, que por su estado no podía transmitirle su apellido, cuando estaba criándose con ama, siempre que al lugar donde residían se aproximaban, en la guerra de la independencia, tropas españolas, el padre, para evitar que le cogieran, gritaba

repetidas veces: *¡el niño al monte!* y de ahí le vino el apellido con que fué conocido.

Era costumbre, durante la Pascua de Pentecostés, pasar jugando al monte los tres dias y las tres noches sin interrupción, en el inmediato pueblo de San Agustín. Las mesas de banca, en grandes tiendas de lienzo colocadas, se llenaban unas de oro y otras de plata, porque en las primeras sólo se permitía jugar monedas de oro, es decir, lo menos una onza, mientras que, en las segundas, se podían poner de los dos metales. Mucho despertaba la ambición de los numerosos concurrentes el espectáculo de millares de duros en oro sobre las mesas, que á la mayor parte incitaba á jugar. Naturalmente, los banqueros se relevaban para alimentarse, descansar y dormir. Por moda, algunas señoras y hombres que no jugaban en todo el año, probaban su suerte, un rato por lo menos. Seguí el ejemplo, y perdí unos cuantos duros, que nunca he sido afortunado al juego. El actor español, Catalina, ganó 20.000 duros, y en vez de contentarse con tan pingüe resultado, jugó luego en Méjico y los perdió.

Fiesta muy animada y original se celebra el 12 de Diciembre, día de Nuestra Señora de Guadalupe, delante de una iglesia que ese nombre tiene, erigida para conmemorar la aparición de la Virgen á un indio ese mismo día, después de la conquista. A esa fiesta concurren numerosos indígenas, hasta de lejanos pueblos. Por la mañana hay solemne función religiosa, y durante todo el día, se almuerza y se come al aire libre. En la plaza, delante de la imagen de la Virgen colocada en la fachada del templo, bailan parejas de indios una danza especial y tradicional desde la época de la milagrosa aparición. Por la noche, y con la mayor algazara, se queman fuegos artificiales.

Varias cosas tienen nombre distinto en Méjico que en España; las aceras de las calles se llaman banquetas; las maletas de viaje, petacas; los pavos, guajalotes; las cometas con que juegan los chicos, papalotes. Algunos americanismos resultan graciosos. Preguntando yo á una simpática señora de la República Argentina cómo estaba, me contestó: «Anoche, me acosté con chucho, he dormido poco y hoy no me encuentro

bien». Comprendí que no se había metido en la cama con un perro, y logré averiguar que en aquella región americana chucho significa escalofríos. En otra ocasión, en que una señora chilena había padecido ligera indisposición, preguntó á su hija pequeña un amigo de la casa si su mamá se había curado, y contestó la niña con sorpresa y como ofendida: «Mamá nunca se cura.» Se explica su natural indignación sabiendo que en Chile curarse vale tanto como emborracharse.

Mi jefe, el Sr. Antoine y Zayas, era con razón muy considerado por los hombres políticos y por la sociedad de Méjico. Tenía al par que talento é instrucción, larga experiencia de la vida y conocimiento de los asuntos diplomáticos. Cuenta Guizot en sus memorias, que en la época de la guerra del Sonderbun, en Suiza, el mejor enterado de todo lo que ocurría de los Ministros extranjeros en Berna, fué siempre el de España, Sr. Antoine Zayas, y que á él, con frecuencia, acudían sus colegas para adquirir noticias exactas y saber su opinión sobre los sucesos importantes de la pequeña república.

Tenía también afición á la agricultura, y poseyó, cerca de Aranjuez, bonita casa de campo, *La Nasara*, donde se cultivaban excelentes legumbres y exquisitas frutas, y logró aclimatar escogidas razas de ganado lanar y vacuno. Después de 1859, siendo Gobernador de la provincia de Madrid mi antiguo y buen amigo el Marqués de la Vega de Armijo, contribuí á que el Gobierno adquiriera, por razonable precio, esa finca, útil para los que á la agricultura se dedicaban y deseaban mejorar las razas de vacas de leche, asimilándolas, con cruzamientos, á las suizas y holandesas.

La correspondencia de España de fin de Julio de 1855 nos trajo la desagradable noticia de haber cólera en Madrid, pero no fuerte, y también en otros puntos de la Península. No tenía inquietud por mi familia, pues mi madre y mi hermana menor se hallaban en Panticosa, y mi padre, con mi abuela materna, habían ido á baños minerales en la provincia de Madrid. A principio de Octubre recibí carta de mi abuela y mi padre, de 20 de Agosto, participándome que al día siguiente regresaban á casa, por-

que el cólera era insignificante y no ofrecía peligro para los que hacían vida higiénica con un buen régimen alimenticio. Por ese mismo correo supieron mi jefe y el agregado, y me lo comunicaron con las posibles precauciones, aunque en realidad son difíciles, que mi abuela y mi padre habían fallecido el 22 y el 25 de Agosto.

La muerte de mi padre y de mi abuela, para mí tan queridos, fué la primera profunda pena de mi vida, que me causó intensa tristeza y abatimiento, hasta el punto de inspirar temores por mi salud al Sr. Antoine y Zayas. No podía pensar en otra cosa noche y día, y ni aun para leer, que fué siempre para mí distracción preferida, tenía gusto y ánimo. La idea de que tal vez los días en que dos personas tan queridas estuvieron agonizando, y probablemente acordándose de mí, los pasé contento y divertido, extraordinariamente me atormentaba, por más que el hecho, si ocurrió, fué de todo punto involuntario y no pude evitarlo, ignorando entonces la terrible desgracia. De Madrid me escribieron por el correo inmediato, que en el Ministerio de Estado procurarían hallar

medio de trasladarme á Europa, con objeto de que estuviera más próximo á mi familia; pero que no podría emprender el viaje hasta la llegada de mi sucesor, para que siempre hubiera Secretario en Legación.

La necesidad y el deseo de ir pronto á Madrid impidió la realización del proyecto que había acariciado de visitar la mayor parte de la América española, antes de regresar á mi país. Mucho me había gustado lo que vi de Méjico, lisonjeándome como español que España, además de descubrir á América, que ha sido después del cristianismo el acontecimiento más importante para la humanidad, y de conquistar y civilizar la mayor parte del nuevo mundo, haya construído hermosas ciudades como las que en Méjico he contemplado y las que hay en el resto de la República. Tenía afán de enterarme de si son tan buenas y espaciosas las de las otras antiguas colonias españolas, hoy naciones independientes. Llamó mi atención el número de notables iglesias que existen en la región de Méjico que he visitado, y que son testimonio del objeto principal que los españoles se proponían en sus colonias,

En el siglo XVI y en los siguientes, en que tanto se desarrolló el espíritu colonizador de varias naciones europeas, en los territorios que en diversos continentes conquistaban, como fin primordial se proponían: España, convertir á los habitantes al catolicismo; Inglaterra, buscar un nuevo mercado para sus productos industriales; Francia, gobernar y administrar bien el país para fomentar su riqueza en beneficio de la metrópoli. Por eso construían con preferencia en sus colonias los españoles iglesias, los ingleses factorías, los franceses oficinas y casas para las autoridades.

Tenía itinerario completo para el viaje, que sentí no poder realizar, por la mayor parte de la América española, que tanta simpatía me inspira. De Veracruz debía ir por mar á Sabanilla, en la República de Colombia, para embarcarme allí en uno de los pequeños vapores que en ocho ó nueve días remontan el río Magdalena hasta Honda, desde donde á caballo se subía en cuatro días hasta la capital, Bogotá. Como no había entonces ferrocarril en el istmo de Panamá, era preciso ir por mar de Sabanilla á Cha-

gres, y desde allí se subía por el río del mismo nombre hasta Cruces, en pequeñas canoas en que remaban indios, tan ligeramente vestidos, que si el calor les molestaba demasiado, se echaban al agua, y después de corto baño y sin secarse, volvían á remar al bote. A caballo y en mula ó en palanquín las señoras, si lo preferían, se iba de Cruces á Panamá. Había línea de vapores en toda la costa del Pacífico, en los que cómodamente se navegaba hasta Guayaquil, siendo luego necesarios varios días á caballo ó en mula para subir hasta Quito, capital de la República del Ecuador, donde á pesar de estar en el centro de la zona tórrida, disfrutan sus habitantes de agradable temperatura, por hallarse á grande altura sobre el nivel del mar. Corta es la travesía de Guayaquil al Callao, y de allí, en pocas horas, llevaban los coches á los viajeros hasta Lima, hermosa capital del Perú, donde se goza todo el año de constante primavera. En vapor se viajaba del Callao á Valparaíso, y en diligencia desde este último puerto á Santiago de Chile. Una de las partes más interesantes y de cierto la más pintoresca de mi

proyectado viaje, según me había referido la señora de Arcos que lo había hecho, era atravesar la magnífica y elevada cordillera de los Andes á caballo, desde Santiago á Mendoza, en la vertiente oriental, donde empiezan las pampas, que se recorrían también á caballo, hasta Buenos Aires, la capital de la República Argentina. En breve tiempo se atraviesa el Río de la Plata para ir á Montevideo, donde se tomaban los vapores de la línea de Europa que tocan en Río Janeiro y en Pernambuco. De haber realizado ese agradable viaje, con excepción de la América Central, Venezuela y Bolivia, habría visitado toda la América española y la capital del Brasil. Su puerto, el de Nápoles y el de Constantinopla, se dice que son los más pintorescos y hermosos del mundo.

Durante el año de mi residencia en Méjico, observé que todas las personas ilustradas y la inmensa mayoría del pueblo, ninguna simpatía tenían por los Estados Unidos. Pensaban que los anglo-americanos, al par que desean, invocando la doctrina Monroe, que las naciones europeas no tengan territorio alguno en el nuevo mundo, consideran como

raza inferior á la suya á la ibero-americana, y se proponen explotarla en provecho propio. Recordaban que en la reciente guerra los Estados Unidos habían quitado á Méjico las importantes y extensas provincias de Tejas y California, y que al tratar de los entonces proyectados canales de Panamá, de Nicaragua y de Tehuantepec, para poner en fácil comunicación el Océano Atlántico y el Pacífico, públicamente declaraban los anglo-americanos que como el primero de esos tres canales que se hiciera sería el más corto y cómodo camino entre los Estados Orientales de la Unión y California, debía pertenecer con los terrenos adyacentes á los Estados Unidos. Lo que era notoriamente injusto y un despojo para Colombia, Nicaragua ó Méjico. En 1856, sin haber precedido reclamación alguna del Gobierno de Washington al de Nicaragua, la corbeta de guerra *Cyane*, anglo-americana, bombardeó á San Juan y después desembarcó parte de su tripulación, que incendió los edificios que los proyectiles no habían destruído, dejando así arrasada toda la ciudad. Estos sucesos no son propios ciertamente para inspirar simpa-

tía por la América anglo-sajona á Méjico y á las otras naciones ibero-americanas.

Recibí en Febrero de 1856 el nombramiento de segundo Secretario de la Legación de España en Londres, y á fin de Marzo llegó D. Pedro Sorela, ascendido á primer Secretario en Méjico. En pocos días me despedí, quizás para siempre, de las personas á quienes trataba y que por sus repetidas atenciones mucho habían contribuído á que fuera agradable mi residencia en aquella capital. A principio de Abril salí de Méjico en diligencia de nueve asientos, pero no por el camino de Perote y Jalapa, sino por el de Córdoba y Orizaba. Días hacía que todas las tardes á la misma hora y á corta distancia de Puebla, una partida de ladrones detenía la diligencia procedente de la capital, robaba á los pasajeros y maltrataba con saña á los que no llevaban bastante dinero. Sabiéndolo, y para evitar los palos, llevé tres onzas de oro en el bolsillo, seguro por las noticias de persona bien enterada, de que esa cantidad les contentaría; pero dió la casualidad de que llegamos á Puebla sin que los ladrones salieran al camino. Pasé la se-

gunda noche en Córdoba y la tercera en Orizaba, pueblos no muy grandes, de campiña pintoresca rodeados, y al cuarto día llegamos á Veracruz. Teniendo que permanecer allí aquella noche, me hospedé á ruego suyo en la espaciosa casa del acaudalado Vicecónsul de España D. Dionisio Velasco, que me tenía preparado buen cuarto, con jofaina, jarro y otros enseres, que ordinariamente son de porcelana, de cincelada plata. La cama, de hierro, por el calor excesivo tenía lienzo estirado en vez de colchón, y por todos lados tupidos mosquiteros, para impedir que entraran los mosquitos, que en aquella ciudad, como en la mayor parte del golfo mejicano, tienen aguijón tan penetrante que pican á través del pantalón y la camisa, produciendo las picaduras fiebre, á veces intensa.

Después de haber pasado un año en Méjico leyendo diferentes historias de su descubrimiento y conquista por los españoles, de autores nacionales y extranjeros, sentía admiración por Hernán Cortés, y los que en aquella extraordinaria empresa le acompañaron. Verdaderamente maravilla que reducida

fuerza de voluntarios, sin medios de regresar á las Antillas, porque Cortés, imitando el ejemplo de los catalanes y aragoneses que en época anterior fueron á pelear con turcos y griegos, quemó en Veracruz las naves que los condujeron; sin esperanza de auxilio alguno de su país, antes bien, teniendo que combatir y obligar á salir del territorio mejicano á la tropa que á las órdenes de D. Pánfilo de Narváez, envió por envidia el gobernador de Cuba para prender á Cortés, lograra conquistar, tras porfiada lucha, el dilatado y poderoso imperio de los Aztecas, llegando hasta el Golfo de California. Es una de las mayores hazañas que recuerda la historia. Algunos escritores censuran exageradamente al ilustre extremeño, alegando que en la campaña que sostuvo para someter aquel país á la soberanía de España, cometió crueldades. Con frecuencia se cometen en las guerras contra estados y gentes poco civilizadas, aun en los tiempos actuales y por Generales y jefes de naciones muy poderosas. El célebre Mariscal Pelissier, cuando era Coronel en África, recibió orden de someter á los Ouled-Riah, ocultos en grandes

y profundas grutas. Les mandó que salieran, ofreciéndoles completa libertad, y no lo aceptaron; llenó de faginas la entrada de las grutas y no se movieron. Entonces mandó encender las faginas y 500 árabes perecieron sofocados por el humo. Al dar cuenta del suceso, dijo Pelissier: «Son éstas operaciones que se ejecutan viéndose precisado á ello, pero se pide á Dios que no se repitan.» El Mariscal Soult, censuró al Coronel y el General Bugeaud le defendió. «Si hay que castigar á alguien, contestó, para mí debe ser el castigo. Mandé á Pelissier emplear ese medio en último caso, y no lo hizo sino después de agotar todas las tentativas de conciliación. La exagerada filantropía eternizaría la guerra de África, ó por lo menos el espíritu de rebelión, y entonces no se lograría ni el fin filantrópico.» Para combatir y vencer la gran insurrección de los cipayos en la India, antes de 1860, los Generales y jefes militares ingleses castigaron rudamente á gran número de rebeldes y destruyeron sus pueblos. Cuando estas cosas se han ejecutado en el siglo XIX por jefes militares de naciones muy civilizadas, no es justo cen-

*

surar con pasión á los que á principio del siglo XVI, contando con muchos menos recursos y medios de agresión, hicieron cosas análogas si bien menos crueles.

Tres días duró la travesía de Veracruz á Nueva Orleans en pequeño vapor angloamericano, que por escaso calado tenía insoportable movimiento, causa de mareo de casi todos los viajeros. Es buena ciudad la capital de la Luisiana. La calle del Canal, la mejor y más concurrida, donde se hallan las tiendas más acreditadas, la divide en dos partes casi iguales: en la una se habla inglés y en la otra francés, á pesar de pertenecer aquella ciudad á los Estados Unidos hace largo tiempo.

En el vapor *Magnolia*, tardé cuatro días en remontar el caudaloso río Missisipí, descubierto por Hernando de Soto, hasta el Cairo, en la desembocadura del río Ohío. Tienen los vapores que navegan en el Missisipí bastante eslora y manga y poco calado. Sobre cubierta, hay largo salón, de popa á proa, á cuyos dos lados están los camarotes, con puerta al propio salón, y á los costados del buque. En las mesas colocadas en

el centro se jugó constantemente al monte, menos á las horas del almuerzo y la comida, que en ellas se servía. Desde encima del salón se dominaba considerable extensión del río y de las dos orillas, con frondoso arbolado y ninguna colina ni accidente de terreno, resultando gran monotonía en el paisaje. Bajo el punto de vista pintoresco, vale más la navegación del Hudson que la del Mississipí, cuyas aguas parecen enlodadas. Con frecuencia, las empresas hacen considerables apuestas sobre la velocidad de sus vapores, y para ganarlas fuerzan la máquina de los barcos, que bastantes veces estallan, causando la muerte de la mayor parte de los viajeros y de la tripulación. Supe con gusto y seguridad que los propietarios del *Magnolia* ninguna apuesta habían hecho respecto de su andar. Esos vapores tocan en muchos puntos de las dos orillas para dejar y tomar pasajeros, y entonces se pueden comprar periódicos con los últimos telegramas de Europa, comunicados el mismo día desde Nueva York.

Venían á bordo varios mejicanos que conocían el país. Opinaban, en sus conversa-

ciones, que los Estados Unidos tenían la ventaja de haber disfrutado de paz desde su independencia, exceptuando la guerra con Inglaterra á principio del siglo, lo que les había permitido desarrollar su riqueza y atraer gran inmigración europea, que contribuía á fomentar la agricultura y el comercio; mientras que, en Méjico, lo mismo que en las otras Repúblicas hispano-americanas, menos en la de Chile, habían sido constantes las discordias civiles con daño de su prosperidad y del aumento de su población, tan necesario por muchos motivos. A pesar de esa ventaja, había en la República norte-americana costumbres bárbaras, desconocidas por fortuna en la América española, como la de quemar á criminales en las plazas públicas, asistiendo numeroso público de ambos sexos al horrible y repugnante espectáculo. Añadían, que nación en que esto acontece tiene parte de sus habitantes que no están completamente civilizados.

Estos lamentables sucesos de que me hablaban en 1856, se repiten también ahora. Telegrama de Nueva York, de 30 de Octubre de 1895, de la Agencia Reuter, que

después no ha sido desmentido ni rectificado, decía: «Según noticias recibidas aquí de Tyler, en el Estado de Tejas, el negro Henry Hilliard fué quemado en la plaza pública ayer á las cuatro de la tarde. Había asesinado á una mujer blanca, la Sra. Bell, despedazando después su cadáver. Gentes del pueblo, que llegaban á 2.000 personas, nombraron una junta que decidiera acerca del castigo que se debía imponerle, la cual resolvió que se le quemara en la plaza del pueblo, en la que pronto se reunieron 7.000 personas, incluyendo en este número muchas mujeres, niños y negros. Se pusieron vagones alrededor de la plaza, y en ellos, lo mismo que en los árboles y en las casas, había inmensidad de espectadores, de los cuales no pocos habían venido de otros pueblos. En el centro de la plaza se colocó un tablado y encima de él haces de leña, carbón y paja, rociados con aceite. Se vió que el negro hablaba, pero no se le oía. Después rezó en alta voz. Le ataron á una barra de hierro, y terminados todos los preparativos, Bell, marido de la mujer asesinada, aplicó un fósforo encendido á los combustibles. Pronto envolvieron las lla-

mas al negro, que gritaba pidiendo misericordia. La leña no ardió bien y á poco se apagó, estando vivo todavía Hilliard. De nuevo la encendieron, y después de cincuenta minutos de tormento, expiró el negro.»

Otro despacho de Nueva York de 30 de Diciembre de 1895, comunicaba que, «según telegrama de Lebanon, en el Estado de Kentucky, el pueblo había quemado en aquel lugar á la viuda West, y fusilado á un hombre de pelo cano, llamado Devers, con quien ella vivía. Algunos meses antes, Devers mató á West, acusándole de cortejar á su mujer, y luego se mudó á la casa de la viuda de su víctima, lo que indignó á la muchedumbre que resolvió darles muerte, sin prestar atención á las explicaciones de los dos sentenciados, á los ruegos de los pequeños hijos de la West, y á la circunstancia de estar ella en cinta.»

Añadió el mejicano que á estos actos de barbarie que se repiten con frecuencia, hay que agregar el exterminio cruel, inhumano y sangriento de la raza indígena, que se lleva á efecto sin interrupción en los Estados Unidos y que no se ha verificado en nin-

guna de las naciones de la América española.

Muy pintoresco es el país que se ve navegando por el río Ohío, desde el Cairo, donde desemboca en el Mississipí, hasta Cincinnati. Allí tomé el tren que me condujo á Washington. Con razón me dijeron la vez primera que visité los Estados Unidos, que los habitantes del oeste eran algo toscos y menos cultos que los del este de la República. Los hombres mascaban tabaco en vez de fumar, y cuando llegamos á la estación, donde se comía, sacaron el tabaco de la boca y lo pegaron á la parte inferior del tablero de la mesa. Terminada la comida, cogieron esa masa húmeda de tabaco y saliva y volvieron á meterla en la boca. En el tren, como he dicho anteriormente, no había más que una clase de coches, todos muy largos con pasadizo en el centro, de un extremo á otro; y á los lados bastantes banquetas, para dos personas, con respaldo movible que permitía ir á voluntad, de frente ó de espaldas á la máquina. En medio de uno de los lados, había adherida á las tablas una cubeta con agua fresca y un vaso de metal, y enfrente un espejo, y á izquierda y

á derecha, pendientes de cadenas, un peine, un cepillo de cabeza y otro para los dientes. Poco antes de llegar á las diferentes estaciones, los viajeros que en ellas bajaban con el mismo peine y cepillo se arreglaban el pelo, y frecuentemente sucedía que varias personas se limpiaban la dentadura con el único cepillo á ese efecto destinado. No me pareció plausible exagerar hasta ese punto la democracia.

Singular contentamiento me causó volver á ver á las bonitas y simpáticas señoras y muchachas, que dos años antes había conocido y tratado en Washington. Manifestaron todas complacencia por mi inesperada llegada á la capital de la República y me obsequiaron, mostrándose como siempre, muy amables, por lo que resultó agradable mi corta residencia allí, y sentí bastante no poder prolongarla. Observé que desde mi ausencia el monumento á Washington poco había adelantado y no se sabía cuándo se podría terminarlo. Después de pasar un día en el gran hotel Metropolitano de Nueva York, me embarqué en vapor de la línea inglesa Cunard para regresar á Europa.

Buena fué la navegación, por disfrutar constantemente de inmejorable tiempo, y estar el mar tranquilo. A los tres días de haber zarpado del puerto gozamos del hermoso espectáculo de pasar entre numerosas montañas de hielo de diferente forma y elevación traídas por la corriente del Océano desde el polo norte, al empezar el deshielo en aquella región. Como no producían niebla, no ofrecía el menor peligro tenerlas á corta distancia, pues adelantan con lentitud hacia el sur, y los vapores y aun los buques de vela, evitan con facilidad chocar con ellas.

A los diez días de la salida de Nueva York, desembarqué en Liverpool, y sin detenerme partí en el tren que me condujo á Londres para tomar posesión del puesto de segundo Secretario de nuestra Legación. Era entonces Ministro Plenipotenciario de España cerca de S. M. Británica, el conocido progresista D. Antonio González, que me recibió con amabilidad suma, pero presentó su dimisión de ese cargo, cuando á los pocos meses ocurrió cambio político en España, siguiendo la mala costumbre de

nuestro país, que en ninguno otro existe, que no tiene ventaja alguna y sí muchos inconvenientes de mudar los Embajadores y Ministros Plenipotenciarios cada vez que un nuevo Ministerio se encarga del Gobierno de la nación. Por ese motivo, en poco más de tres años que pertenecí á la Legación en Londres, tuve sucesivamente por jefes, además del Sr. González, á los importantes personajes políticos, D. Luís González Bravo, D. Joaquín Francisco Pacheco y D. Javier Istúriz, que fué el que más tiempo ocupó ese puesto, á pesar de sus 70 años cumplidos.

El jefe del gabinete británico era el Vizconde de Palmerston, irlandés, que al mérito de notable estadista unía el ser hombre de sociedad, Lady Palmerston se distinguía por la amabilidad y el ingenio. Vivían en espaciosa casa en Piccadilly, no lejos de la del Duque de Wellington, que hace esquina á Hyde-Park, y durante la *estación* de Febrero á Julio, recibían todos los sábados por la noche, y en esas reuniones, muy agradables, siempre se encontraba gran parte de la aristocracia inglesa y del Cuerpo Diplomático,

y con frecuencia, ocurrían escenas chistosas en que algunos concurrentes lucían su ingenio. Una noche, largamente se había hablado con motivo de la guerra de Crimea, con gran simpatía del imperio turco y con bastante censura de Rusia. Lady Palmerston, que mucho apreciaba y distinguía al señor Istúriz, le reconvino, en broma, por no haber tomado parte en la conversación sobre la guerra de Crimea y sus consecuencias, y añadió, que su silencio parecía sospechoso. Contestó en el mismo tono mi jefe, que por su posición diplomática no se atrevía á emitir opinión sobre asunto tan grave para no comprometer á su Gobierno. Insistió Lady Palmerston en que expusiera su parecer, y no lográndolo, agregó, siempre risueña, «Sr. Istúriz, de aquí no sale usted esta noche sin declarar terminantemente si es turco ó ruso.» «Si usted se empeña,» replicó él, «le diré que hace treinta años hubiera sido turco, pero ahora, ya nada soy.» Hizo gracia la contestación. Otro sábado se presentó en la tertulia Fuad-Bajá, turco notable por su talento, que viajó por España cuando era Fuad-Efendi, y desempeñó en su país impor-

tantes cargos. Le recibió con gran amabilidad Lord Palmerston y le habló del interés que inspiraba Turquía á la Gran Bretaña, que con gusto había contribuído á defenderla contra el Imperio moscovita, y sabía con satisfacción, que en Constantinopla y otras ciudades turcas se iban adoptando costumbres de los otros países de Europa. «Aunque algunas de ellas, dijo, temo que pondrán á ustedes, á veces, en situación difícil ó desagradable.» «¿A cuáles alude usted?» replicó tranquilamente Fuad. «Por ejemplo, continuó Palmerston, aquí tenemos la costumbre de presentar á nuestras mujeres. Ahí ve usted á Lord Derby que presenta á la Condesa de Derby, yo presento á Lady Palmerston y todos hacen lo mismo. Pero usted, cuando llegue el caso, tendrá que presentar á la Sra. Fuad, número 2, 5 ó 7.» «No lo crea usted, contestó el turco sin alterarse: haremos lo que hacen ustedes, que, con frecuencia, tienen varias mujeres pero no presentan más que á una.» Los numerosos tertulianos que rodeaban á los dos interlocutores, reconocieron el ingenio del Bajá.

Poseía Lady Palmerston una bonita casa

de campo, no lejos de Londres, y tuvo la amabilidad de convidarme varias veces á pasar allí algunos días. En una ocasión, cuando las señoras se marcharon, después de comer, y nos quedamos en la mesa los hombres para fumar, un caballero francés preguntó á Lord Palmerston, si era cierto, como le habían asegurado, que había gran diferencia entre los ingleses, los escoceses y los irlandeses. «Inmensa, contestó Palmerston, y para probarlo, referiré á ustedes lo que un amigo mío hizo delante de testigos. Era en fin de Diciembre: llovía con violencia, hacía frío atroz y el tiempo llegó á ser insoportable. Llamó mi amigo á un inglés, un escocés y un irlandés, y les preguntó qué tomarían por pasar toda la noche en la parte alta de una torre, á la intemperie. Contestaron inmediatamente: el inglés, «yo, 40 libras esterlinas»; el escocés, «yo, tiempo para pensar en ello», y el irlandés, «yo, un resfriado». Como usted ve, continuó Palmerston, uno quiso aprovechar la ocasión para ganar dinero, otro se propuso reflexionar, y el último sólo pensó en su salud.» Algún tiempo después, refería yo esto á algunos

ingleses, y uno de ellos dijo que era ingenioso y exacto lo contado por Lord Palmerston; pero que también se podía asegurar, para demostrar la diferencia entre las tres razas, que los irlandeses hablan sin pensar, los escoceses piensan sin hablar y los ingleses piensan y hablan.

Conocí y traté bastante á los dos Embajadores de Francia que hubo en Londres en aquel tiempo, personajes de importancia en su país, el Mariscal Pelissier, Duque de Malakoff, y el Conde de Persigny, muy partidario de la alianza de Francia con Inglaterra, así como el Conde de Morny, Embajador en San Petersburgo, prefería y aconsejaba al Emperador la alianza con Rusia. Pronto fuí amigo de los Secretarios de la Embajada francesa, de trato agradable, y uno de ellos de ingenio muy francés, aficionado á retruécanos y juego de palabras. Una mañana que almorzábamos juntos, le preguntó un su amigo llegado de París, pocas horas antes, cómo era un carruaje bonito y cómodo que había en Londres, llamado *handsome,* desconocido en la capital de Francia. El Secretario le contestó con gran

formalidad: «Es el resultado ulterior de la voluntad de un superior para no ver en el exterior la espalda de su inferior». Con esta chistosa definición no debió quedar muy enterado el amigo de la forma del carruaje.

No tardé en ir á Madrid á ver mi querida madre por vez primera después de nuestra inmensa desgracia. Allí residí unos meses y luego regresé á Londres, donde permanecí hasta que en 1859 fuí ascendido á primer Secretario de nuestra Legación en Lisboa, teniendo por jefe á D. Nicomedes Pastor Díaz. Sobremanera agradables fueron para mí los tres años de residencia en la capital británica. Aunque exageraba el francés que decía que en ella hay nueve meses de invierno y tres de mal tiempo, no se puede negar que el clima no es bueno en invierno y se repiten demasiado las nieblas muy intensas. Manifestaba yo en broma á mis amigos ingleses, que desde que vivía en su país era cada vez más indulgente con los pueblos de la antigüedad que adoraban el sol. Son los ingleses muy formales é inspiran confianza, y gran número de señoras inglesas tienen la buena costumbre de ser

bonitas, amables y simpáticas. Los frecuentes bailes, conciertos y banquetes de la buena sociedad durante la estación, son escogidos y brillantes. En esa pequeña ciudad de cerca de cinco millones de habitantes, en esa nación que tiene extensas y ricas posesiones y colonias en las cinco partes del mundo, todo es más en grande que en la mayor parte de los Estados del continente; como los periódicos que tienen 12 ó 14 páginas de variada lectura, con telegramas diarios de todos los países, y alguno de ellos produce á su propietario 60.000 libras esterlinas anuales, y como la riqueza pública y particular, pues hay fortunas extraordinarias. El Marqués de Westminster tenía á la sazón 1.000 libras esterlinas diarias de renta, que después ha aumentado. La Reina Victoria decir puede como Felipe II, que en sus dominios no se pone el sol.

He tenido ocasión de estudiar de cerca el Gobierno parlamentario de este país, que es el más antiguo y el mejor de los de su clase, y el que debieran aplicar á España nuestros hombres políticos, en vez de haber

copiado el de Francia, para que sea verdad el gobierno de la nación por la nación. Expuse el resultado de mis estudios y de mis observaciones, en los tres cursos que sobre la libertad política en Inglaterra di en el Ateneo de Madrid. Si los políticos españoles hubieran prestado atención al Gobierno parlamentario en la Gran Bretaña, habrían visto, entre otras cosas, cuán lejos se halla aún del sufragio universal, que ningún partido defiende porque estiman con razón, como ha dicho Stuart Mill, que al sufragio universal debe preceder la instrucción universal. En 1898, con una población de 37.732.922, según el último censo, el número de electores es de 6.528.629.

En la reunión que hubo el 5 de Abril del propio año de la Sección Extranjera y Colonial de la Sociedad de Artes, presidida por el Marqués de Lorne, yerno de la Reina Victoria, pronunció un discurso con datos curiosos sobre «El Imperio Británico, sus recursos y su porvenir» Mr. J. Lowles, representante de la nación en la Cámara de los Comunes. Dijo que el Imperio Británico tiene 53 veces la extensión de Francia,

52 la de Alemania, 3 ½ la de los Estados Unidos de América, 3 la de toda Europa y triple población que toda Rusia. Comprende 11 millones de millas cuadradas, ocupa la quinta parte del globo con la quinta parte de la raza humana, ó sea 350 millones de habitantes. Se extiende en cuatro continentes, con 10.000 islas, 500 promontorios y 2.000 ríos. El total de la marina británica mide 10.452.000 toneladas.

